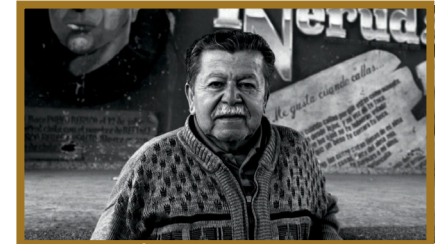


No.50
Edición

Pablo Neruda, un poema de lucha y vida

"Las primeras familias llegamos aquí el 3 de noviembre de 1972, y de inmediato nos tildaron de gitanos; para acomodarnos inicialmente, construimos cuatro o cinco ranchitas en madera y tela asfáltica..."

Vanguardia académica. Pág. 3



Don Rogelio Montero, uno de los primeros habitantes del barrio Neruda del municipio de Sibate.

UNIMINUTO
Corporación Universitaria Minuto de Dios
Educación de calidad al alcance de todos
Vigilada MinEducación

DATEÁATE

al minuto

ISSN 2619-2705

Bogotá, Colombia, septiembre - octubre 2019 – Edición No. 50

MOVICE, una alternativa para víctimas del Estado

Eugenia Castro, vocera y representante de esta organización, habló en exclusiva para Datéate sobre el Movimiento Nacional de Víctimas de Crímenes del Estado (Movice).

Vanguardia académica. Pág. 5

Pueblo chico, infierno grande

Todo empezó en un pueblo de Cundinamarca llamado Pasuncha, donde Leonilde Moreno nació y vivió gran parte de su vida. Allí tuvo sus mejores momentos, pero hay un día que la marcó, que Leo califica como uno de los días más dolorosos de su vida.

La esquina del barrio. Pág. 7

Una fundación nacida de la tragedia

Todo empezó el 27 de noviembre de 1989 cuando el vuelo 203 de la aerolínea Avianca, con destino al Aeropuerto Internacional Alfonso Bonilla Aragón de Palmira, Valle del Cauca, explotó en pleno vuelo en el cielo de Soacha, Cundinamarca. Este año se conmemoran 10 años de la tragedia.

La esquina del barrio. Pág. 15

Luchando contra la muerte

Fue en el gobierno de Uribe: el ejército entraba al pueblo, hacían retenes en las entradas y salidas, todo el que entraba o salía lo "chuleaban". Se quedaban 3, 4, 5 días, sabían quién entraba y salía. El mismo día llegaban los paracos a buscar a las personas que tenían en su lista. Siempre era lo mismo: nosotros angustiados decíamos, "ahora por quién vendrán".

De todo un poco Pág. 17

¿Usted le tiene miedo a la paz?

Una investigación de UNIMINUTO indagó, en 2018, con expertos, los motivos por los cuales sectores de la sociedad le temen a la paz. La investigación desarrolló una producción de piezas audiovisuales con el fin de sacudir al país del miedo.

De todo un poco. Pág. 18

La fotografía

que nunca regresó a casa



350 personas, entre magistrados, consejeros de Estado, visitantes y empleados, que se encontraban en el Palacio de Justicia, fueron tomadas como rehenes por la organización guerrillera M-19, liderada por los comandantes Andrés Almarales, Alfonso Joaquín y Luis Otero.

Por: Luisa Fernanda Pérez Buitrago. 9no semestre

Pasadas las doce del mediodía entró al apartamento Helena, su amiga más cercana, para preguntarle si ya se había enterado de lo acontecido en el Palacio de Justicia: "¡Marica, los guerrilleros del M-19 se tomaron el Palacio de Justicia!"

Nota Principal Pág. 10

Personería Jurídica: Resolución 10345 del 1 de Agosto de 1990 MEN

RECTOR GENERAL

P. Harold Castilla Devos, CJM

RECTOR SEDE PRINCIPAL

Jefferson Enrique Arias Gómez

DECANA FACULTAD CIENCIAS DE LA COMUNICACIÓN

Eliana Herrera Huérfano

DIRECTORA DEL PROGRAMA DE COMUNICACIÓN SOCIAL – PERIODISMO

Catalina Campuzano Rodríguez

COMITÉ EDITORIAL DE SEDE

Eliana Herrera Huérfano, Catalina Campuzano Rodríguez, Juan Simón Cancino y Sonia Torres Quiroga

DIRECCIÓN GENERAL

Sonia Torres Quiroga y Simón Cancino

DIAGRAMACIÓN

Rubén Gómez
Magaly Rodríguez
In House FCC

ILUSTRACIÓN

Beto Barreto, Nicolás Osorio, María Fernanda Tellez y Nathalia Molano

FOTOGRAFÍAS

Diego Morales, Luisa Fernanda Pérez, Archivo general Museo del Prado, archivo personal de los protagonistas de las historias y Flickr.

TEXTOS

Julián Fernando León, Andrés Carreño, Deisy Adriana Romero, Oscar Rico, Diego Morales, Lizeth Dayana Guerrero, Kevin Mateo Bonilla, Luisa Fernanda Pérez, Anly Vanesa Flórez, Juan Manuel Rodríguez, Jesús Manuel Vergara, Laura Benavides, Sonia Esmeralda Quevedo, Eliana Marcela Rojas, Lizbeth Cortés, David López y Rizoma.

EDICIÓN

Sonia Torres Quiroga, Simón Cancino y Diego Morales

CORRECCIÓN DE ESTILO

Alberto Mercado

EDICIÓN DE FOTOGRAFÍAS

In House FCC

CONCEPTO GRÁFICO E IMPRESIÓN

Buenos y Creativos

Los artículos aquí consignados son responsabilidad de cada uno de los redactores



Pertenece a la Red Colombiana de Periodismo Universitario

Una publicación de UNIMINUTO
Edición No. 50.
http://www.uniminutoradio.com.coPara mayor información escribir a:
smtorres@uniminuto.edu
dateateweb@gmail.com

Pan, paz y tierra

Por: Julián Fernando León Duarte. Egresado

En el germen aparentemente benevolente del Bolchevismo, tres consignas se convirtieron en la piedra angular de las exigencias proletarias: el pan, la paz y la tierra. Hoy, en pleno posconflicto y las coyunturas que ello involucra en Colombia, las verdaderas víctimas emprenden una campaña para realzar estas consignas sin saber que el panorama de optimismo se trunca por al menos dos obstáculos: la falta de financiación estatal y el retorno del despojo violento de tierras.

La restitución de tierras despojadas es uno de los temas acordados en la mesa de diálogos entre el Gobierno Santos y las FARC. Como consecuencia de un mutuo acuerdo de culpabilidad en el despojo de tierras de humildes campesinos, el Estado colombiano y la FARC otorgaron la llave de justicia que devolvería a los despojados sus otrora fuentes de ingresos, poniendo estocada final al tormentoso tema de la posesión y distribución, siempre desigual, de tierras en Colombia, una de las principales llamas que avivó el conflicto armado. Es por eso que, frente a la responsabilidad estatal con las más de 8'000.000 de víctimas del conflicto en Colombia, resulta alarmante el último informe de la Procuraduría, la Contraloría, la Defensoría y la Mesa Nacional de Participación Efectiva de Víctimas, reseñado por El Tiempo, en el que se anuncia la falta de cerca de \$115 billones de pesos para cumplir con la Ley de Víctimas, mecanismo a través del cual se han restituido, a junio de 2019, más de 340.000 hectáreas, según la Unidad de Restitución de Tierras (URT).

Esta alarma resulta más escandalosa para el proceso de posconflicto y para la dignidad de las víctimas, si se tiene en cuenta que los “grandes” esfuerzos de los que se ufanan la URT y el gobierno nacional, no son nada en comparación a las cifras que manejan entes territoriales e internacionales calculados entre 1 y 10 millones de hectáreas despojadas. A la Ley de Víctimas o la 1448 de 2011 le quedan dos años de vigencia y, de acuerdo con el informe señalado anteriormente, este corto tiempo de vida, sumado a la desfinanciación de la normativa, el burocrático proceso y la poca atención a la restitución de tierras dentro del Plan Nacional de Desarrollo del gobierno Duque, van a dejar por fuera del espectro de la paz territorial y productiva a más del 70% de las víctimas del conflicto armado en Colombia.

Si la falta de financiación a los procesos de restitución y la atención del Plan Nacional de Desarrollo ‘Duquista’ fueran pocos para bajarle las esperanzas a las víctimas, a ello habría que sumarle el auge ya ‘cantado’ de las bandas y carteles paraestatales y guerrilleros como las disidencias de las FARC, que vienen asechando violentamente el posible retorno del campesinado despojado al campo colombiano. El aumento de las economías irregulares, como la hoja de coca, por ejemplo, ha venido creciendo en los últimos años a raíz de la “desaparición” de actores hoy cobijados por el Acuerdo de Paz, cuyas antiguas zonas de dominio las ocupan hoy bandas ‘neoparamilitares’ que amenazan la estabilidad de departamentos como Nariño, Antioquia, Cauca, Putumayo, Bolívar y Chocó, como aseguró en su momento la Fundación Paz y Reconciliación.

Otro dato más preocupante referente a la posesión de tierras en Colombia es que a estas alturas no sabemos cuánta tierra informal y formal hay en uso y desuso. ¿Cómo brindarles dignidad a las víctimas a través de la restitución de sus propiedades despojadas, si ni siquiera se sabe cuánta tierra hay en Colombia y en manos de quiénes está?

Actualmente, existe la propuesta de realizar un Catastro Multipropósito que intentará resolver la duda a más tardar en 2023, ojalá que en este intento no prevalezca la voluntad de los terratenientes.

Las antiguas exigencias bolcheviques de “pan, paz y tierra” se presentan de nuevo en el mundo, esta vez en el dramático escenario de una Colombia arrogante. Ya no son campesinos rusos explotados por los zares y luego desangrados por la cruenta guerra civil pidiendo pan, paz y tierra, entre 1917 y 1918; ahora son colombianos golpeados por un conflicto armado de medio siglo.

Pablo Neruda, un poema de lucha y vida

Por: Andrés Carreño. 2do semestre

“El sueño de tener nuestra vivienda viene del barrio Policarpa. Fue allí donde nos dieron una orientación de cómo y de qué manera se vivía en comunidad; cómo era que teníamos que compartir algunos servicios y algunas necesidades”, afirma Rogelio Montero, mientras termina de sentarse plácidamente en el borde de una de las materas de la pequeña cancha principal del barrio Pablo Neruda, el mismo lugar donde hace más de cuarenta años él y otras pocas familias construyeron las primeras “ranchitas” que dieron origen al barrio.

En 1961, un numeroso grupo de familias, que carecían de vivienda, muchas de ellas víctimas del conflicto armado, ocuparon de manera ilegal un terreno a pocas calles del centro de la capital. Allí se libró una lucha entre los nuevos ocupantes y la fuerza pública que se prolongó por más de un año y desembocó en un intento de bombardeo impedido por Guillermo León Valencia, ministro de defensa de la época. De la resistencia de estas familias y su organización comunitaria surgió el barrio Policarpa.

Entre la lucha a piedra y palo contra la Policía y el deseo colectivo de tener un techo, nació Provienda, una organización dedicada a la construcción de viviendas para familias víctimas del conflicto armado y desamparadas por el Estado colombiano. Desde esa época, Provienda se ocupó en construir barrios en diferentes lugares del país, los primeros en terrenos ocupados ilegalmente. En cuanto fue creciendo la organización esta incursionó en la compra de terrenos; uno de estos fue el del barrio Pablo Neruda, ubicado a las afueras del Municipio de Sibaté.

“Las primeras familias llegamos aquí el 3 de noviembre de 1972, y de inmediato nos tildaron de gitanos; para acomodarnos inicialmente, construimos cuatro o cinco ranchitas en madera y tela asfáltica; luego empezamos a lotear y a levantar los planos topográficos para entregarles los lotes a cada uno de los afiliados. Al comienzo las necesidades fueron muy duras: no



Don Rogelio Montero, uno de los primeros habitantes del barrio Neruda del municipio de Sibaté.

contábamos con servicios básicos y tampoco nos querían los gamonales de Sibaté, que tan pronto llegamos nos mandaron al alcalde y a los dos Policías que tenía en esa época el comando”, sostiene, con ironía, Rogelio Montero, a quien al parecer cada recuerdo le empuja una risotada desde muy dentro de su ser, que lo obliga a interrumpir el relato y a empezar de nuevo cada historia.

Según Montero, el señor alcalde y la escueta fuerza pública sibateña llegaron una mañana al Neruda que ya contaba con 65 “ranchitas”; de inmediato solicitaron la presencia de un representante de la comunidad. Rogelio y su compañero Pedro Reyes se acercaron y escucharon atentamente lo que decía el mandatario: “nos solicitó un sinfín de documentos: licencias, planos de alcantarillado, redes eléctricas y todos esos trámites que llevan a cabo los constructores capitalistas; además, amenazó con tumbarnos las ‘ranchitas’ si no solucionábamos por nuestra cuenta el tema de los servicios básicos”. Para la época Rogelio trabajaba como guarda de seguridad en Provienda, y tan pronto llegó a su lugar de empleo le informó lo sucedido a Mario Upegui, quien dirigía la organización y que tranquilizó a Rogelio diciéndole: “tranquilo compañero que les vamos a demostrar a los gamonales de Sibaté que Provienda es una familia muy grande”.

Pocos días después más de cincuenta buses, que venían de diferentes lugares de Colombia, arribaron con más de mil personas que tiñeron con banderas de rojo y negro la plaza principal de Sibaté, como símbolo de protesta ante la administración municipal y algunos caciques loca-

les que también se negaban a la construcción del Pablo Neruda. Ante esto, la Alcaldía no tuvo más remedio que ceder y permitir que se siguieran llevando a cabo los trabajos de construcción en Neruda.

Además de las carcajadas de Rogelio, la conversación de vez en cuando es interrumpida por los transeúntes que se acercan a saludar a Montero, quien parece conocer a cada uno de los habitantes del barrio desde el día de su nacimiento. Pocas veces los ojos de Rogelio se tornan tristes y su relato no es antecedido por su habitual risotada, como cuando se ocupa en contar todas las necesidades que pasaron. Según él, una de las más difíciles fue la falta de agua.

Rogelio trasportaba a diario desde el Policarpa tres galones de agua para suplir a su familia; otros habitantes compraban galones o caminaban grandes distancias para conseguir el líquido. De repente, cuando parece que Rogelio está a punto de terminar este relato, de nuevo es poseído por una visceral carcajada, que se prolonga por unos minutos. Apenas puede recobrar el aire. Montero me observa y sin dejar de sonreír recuerda: “un buen día, por medio de la cervicita, conocimos a un señor que cuidaba una de las haciendas contiguas al barrio, el hombre nos dijo: ‘ustedes están sufriendo por el agua es porque quieren’, y sin chistar, nos mostró por dónde bajaba la manguera que iba hacia la hacienda; además, nos dijo que por él no había problema, que solo le avisáramos cuando haríamos el trabajo para cerrar la válvula. De inmediato conseguimos los materiales e instalamos una manguera que canalizamos a un viejo tanque que funcionaba para el ganado y que nosotros reparamos”.

Ante la demanda del recurso hídrico, tuvieron que hacer dos conexiones ilegales más, y para despistar al “preguntón” interesado en la procedencia del agua, argumentaban que el líquido venía de un viejo molino que había en el barrio, y sí, en efecto el molino existía y se encontraba sobre una veta de agua; lo que pocos sabían era que por las características de los suelos el agua del pozo no era apta para el consumo humano.

Así como el agua fueron viniendo otros servicios como el gas propano y el transporte; también se fue abriendo la brecha entre el Neruda y el resto de los barrios de Sibaté, pues por muchos años se estigmatizó a los habitantes del



43 años después los habitantes del barrio siguen construyendo comunidad.

Neruda como subversivos y reaccionarios. Con los años, los pobladores del Neruda ganaron terreno en la administración municipal: alcanzaron representación con funcionarios públicos, deportistas y estudiantes que destacaron y representaron al municipio, lo cual trajo a su vez mejoras en las vías y la electricidad.

“Este año vamos a completar 43 años de estar en el barrio, y no fue fácil: a mí me allanaron mi

casa más de seis veces; una vez me destruyeron la mitad de la rancho con una granada, y a pesar de eso estamos aquí, aunque muchos se fueron, pero pudimos cumplir el sueño de darles un techo digno a nuestros hijos”, asegura Montero quien a sus 85 años tiene viva la imagen de la violencia que conoció en Yacopí, su pueblo natal, donde las balas oficiales le arrebataron a su hijo, a una hermana y a un sobrino junto con su

padre. Con un aire melancólico, Rogelio observa a un grupo de jóvenes que juegan fútbol en la cancha frente a donde nos encontramos sentados; sin dejarlos de observar dice: *“el futuro del país se encuentra dividido en dos: los intereses de los más poderosos y los sueños y esperanzas del pueblo: yo sueño con que un día muchos colombianos no tengan que entregar su vida con tal de cumplir sus sueños, por ejemplo, tener una casita”.*

El trozo de papel más caro de su vida

Por: **Deisy Adriana Romero Rativa. 2do semestre**

Sentados en el balcón de mi casa, Juan Carlos Hernández, un profesor de inglés que ha realizado sus estudios fuera del país y cuyo conocimiento es reconocido por las instituciones de idiomas de Bogotá, repasa su vida en su condición de militar en Colombia, luego de estar fuera del país desde muy joven, durante los años cuando Colombia sufría los peores acontecimientos de violencia, los años 80. A lo largo del relato de esta historia no podía faltarle el tinto de la tarde después del almuerzo, y un cigarrillo, como acostumbra todas las tardes.

Era enero de 1985, había retornado en diciembre de 1984 a Colombia con la intención de evitar, así fuera por unos días, el deprimente y helado invierno londinense. También quería pasar año nuevo con su papá y hermanos en Bogotá. Su primer error estuvo en no haberse enterado que al cumplir 18 años tenía la obligación de solucionar su situación militar en Colombia. En esa época ningún joven podía trabajar o estudiar sin contar con la libreta militar.

“En ese momento respiré profundo y pensé: creo que en Puente Aranda hay un distrito militar, cojo un taxi y soluciono esto de una vez”. Cuando llegó lo atendió un hombre con uniforme. En ese momento del relato su expresión de tranquilidad se convierte en un gesto de rabia. Lo había atendido un déspota con uniforme: ahí entendió que era un capitán de logística “chimbita” (palabra utilizada por los soldados para describir a los militares que nunca ponen el pecho y que permanecen en una oficina sin la responsabilidad de lucha).

“¿Cómo así que no tiene libreta militar?, ¿Cuántos años tiene?, ¿Usted es bachiller?, ¿Qué hace?, preguntó el militar con un tono de indignación.

“Tengo dieciocho años, terminé el bachillerato hace tres años y estudio en la Universidad”.

“Eso no es posible. Las universidades en Colombia saben que se exponen a una multa por recibir a un remisero”.

“Pues no se acá, pero yo estudio en Inglaterra”.

“¡Ah! Es que tenemos a un niño de papi y mami. Se me presenta el 26 de marzo a las 7:00 de la mañana en el BAPOM 1”.

Juan Carlos llegó a su casa, llamó a su tía y ella le dijo: *“No te preocupes, yo sé que tu papá debe conocer a alguien que te ayude a solucionar eso”.* Si bien lo tranquilizó esa respuesta, no contaba con que su padre, que había sido criado en un pensamiento machista en el marco de una sociedad guerrera que con orgullo sueña con que los hijos vistan el uniforme militar, lo llevaría al comando para que se presentara a prestar el servicio militar. Consideraba que tenía todas las de ganar: medía 1 metro con 51 centímetros y utilizaba lentes de contacto por su astigmatismo. Relata que un subteniente de unos 20 años de edad se aproximó a él y le dijo:

“Bienvenido a la Policía Militar”.

“Pero yo no les sirvo, soy muy bajito”.

“Eso es perfecto, la PM necesita gente para su cuerpo de paracaidistas”.

Allí empezó su vida como militar. Tuvo que aplazar el semestre en Inglaterra para ir a combatir en las espesas montañas de su país. Era finales de enero de 1986: Juan Carlos pertenecía a un grupo contraguerrilla que adelantaba operaciones en el sur del Huila y en el norte del Cauca. Patrullaba una zona de influencia de uno de los grupos de las FARC denominado Ricardo Franco (grupo disidente de las FARC) y del Quintín Lame, guerrilla de origen indígena. El lugar era considerado zona roja.

Un día cualquiera hacía guardia del perímetro detrás de un árbol, entre 12:00 y 3:00 a.m. Recuerda que debía estar con sus cinco sentidos, aunque con los pelos de punta y al borde de los nervios. Todo estaba tranquilo cuando entregó su turno y se recostó en su vivac (tienda de campaña). Unos silbidos lo despertaron de su entresueño, sonó una explosión y de inmediato Juan Carlos



Ilustración de Nicolás Osorio

se levantó, sabía que las FARC estaban llegando a su campamento, cogió su fusil y salió corriendo a su sitio de defensa: no sabe cómo lo encontró en medio de la oscuridad.

A su lado estaba Huertas, un soldado callado, tímido pero decente, testigo de Jehová, situación que le dificultaba adaptarse a la vida militar. Juan Carlos pensó que sería su final junto a su compañero: sabía que Huertas no cuidaría la espalda de ninguno de los dos. Juan Carlos oyó la voz del encargado del radio que le dijo:

“Hernández, venga para acá que estos hijueputas se están replegando y se nos van a volar”.

Amaneció y los disparos eran intensos. Un militar propuso la idea de ir tras sus enemigos con un grupo de soldados. Sin embargo, el coman-

dante a cargo se opuso a la propuesta y les ordenó hacer conteo de bajas y heridos y recoger lo que se pudiera retirar.

Sobre las 10 am habían recogido cinco muertos, tres heridos graves y dos leves (casi todos por esquivarlos de granada de mortero). No encontraron a dos compañeros. Juan Carlos dice con un tono de rabia y decepción, que el ejército de Colombia los dio por desertores para no pagarles a las familias por sus hijos desaparecidos en acción. En ese instante un compañero de Juan Carlos dijo:

“¿Dónde está Huertas?”

“Pero si estaba conmigo arriba: ¿Quién me acompaña a mirar?”, respondió Juan Carlos

García. Un compañero del grupo dijo:

“Hagámosle, éstos están muy paniquiados para moverse”.

Subieron hasta el antiguo puesto y ahí estaba Huertas, se había volado la cabeza con su propio fusil, no resistió tanta presión, tanta violencia. Juan Carlos lo reconoció porque el camuflado de su pantalón se le había roto hacía un par de días y el remiendo había quedado deforme, episodio que le marcó la vida a Juan Carlos.

Un año y medio después, luego de haber prestado servicio en su país, mientras hacía la fila en inmigración para dejar Colombia, Hernández, con su pasaporte verde en las manos, recordó que el motivo por el que había regresado a Colombia era pasar un año nuevo con su familia: en ese momento solo pensó en una frase que le quedará en su memoria: *“Este ha sido el pedazo de papel más caro de mi vida”.*

MOVICE

una alternativa para víctimas del Estado



Por: **Oscar Rico. 4to semestre.**

¿Cómo se creó la fundación y bajo qué objetivo?

E.C. Este movimiento surgió el 25 de junio del 2005 con el padre Javier Giraldo con el fin que las personas o sus seres queridos que hubieran sufrido desaparición forzada, ejecuciones extrajudiciales y desplazamiento forzado, así como graves violaciones de derechos humanos, tuvieran un apoyo sustancial en sus vidas.

¿Cuál es el proceso que se lleva a cabo con las víctimas?

E.C. Primero que todo el Movice no toma los casos directamente; nosotros somos como un método de búsqueda, una plataforma de organizaciones de derechos humanos, organizaciones políticas, sindicales y sociales, donde se hace la denuncia; las víctimas pueden venir y contarnos lo sucedido y nosotros los remitimos a otras organizaciones donde se les da una mejor atención: somos una plataforma de acción política que promueve el trabajo político con voceros políticos con formación política.

¿Qué son los capítulos?

E.C. Es un lugar conformado por diferentes organizaciones y víctimas donde se narran experiencias, donde se hacen actividades para mejorar su integridad psicológica y se llevan detalles. Los casos se trabajan en una red de trece capítulos, correspondientes a igual número de regiones: Bogotá, Antioquia, Atlántico, Atrato choano, Caquetá, Eje cafetero, Magdalena medio, Meta, Nariño, Putumayo, Sucre, Sur de Bolívar y Valle del Cauca. Se reúnen en la sede del Movice

para preparar distintas acciones, así como marchas para dar a conocer galerías con fotos y carteles de las víctimas que han hecho parte de crímenes del Estado.

¿Cuál es la población que requiere el apoyo del Movice?

E.C. Especialmente mujeres entre 16 a 40 años que han sido despojadas de sus tierras o que han sufrido maltrato: cuando llegan aquí hacemos el debido proceso y luego son remitidas a la Capilla Bogotá donde las reciben con los brazos abiertos para brindarles su apoyo.

¿Es posible escuchar testimonios de personas que hayan sufrido crímenes del estado?

E.C. Es complicado: hay testimonios desgarradores y muchas víctimas prefieren callar porque consideran que es algo muy personal, aunque también hay víctimas que relatan sus testimonios abiertamente. En las marchas o en las reuniones que se hacen los lunes a donde acuden diferentes organizaciones y víctimas, tal vez se pueda encontrar testimonios, pero antes se deben tramitar los permisos correspondientes con la vocera de La Capilla Bogotá para acceder a sus historias.

El Movice es un lugar abierto al que pueden venir estudiantes; nos interesa que sepan de nuestra iniciativa y de nuestra historia. Aquí tenemos comunicadores y periodistas que hacen las investigaciones que pueden consultar en la página web de la organización: son noticias, crónicas, así como información de nuestras marchas y de nuestras demás actividades, explica Eugenia Castro.



Don Raúl al lado del camión que lo acompaña para viajar por todo el país.



Por: Diego Morales. 9no semestre.

Desde hace doce años, Raúl Antonio Carvajal Pérez lleva una lucha incansable para demostrar que su hijo, el cabo Raúl Antonio Carvajal Londoño, fue asesinado en circunstancias que el ejército no ha esclarecido.

Según don Raúl, su hijo se negó a cometer una ejecución extrajudicial como resultado de una directriz que fuera implementada por el Ejército Nacional de Colombia con el fin de engordar las cifras para justificar el éxito en la lucha contra los grupos al margen de la ley.

El caso del cabo Raúl Carvajal sucedió en 2006, como lo cuenta su padre que desde entonces ha librado una batalla con el fin de tener justicia. “A mi hijo lo mataron por negarse a ejecutar un muchacho”, afirma con firmeza don Raúl.



Escanee el código QR para que conozca la entrevista completa a don Raúl Carvajal

Su calvario comenzó el 8 de octubre de 2006, día cuando le informaron que su hijo había sido abatido en combate en la zona del Tarra, Norte de Santander, en un supuesto combate contra la guerrilla. Según las indagaciones hechas por don Raúl, a su hijo lo torturaron, lo ejecutaron y lo trasladaron hacia la zona donde supuestamente fue abatido.

Para don Raúl lo sucedido con su hijo no es lo que parece. Días antes de su muerte, el cabo Carvajal habló con su papá por teléfono contándole la buena nueva: le dijo que iba a ser abuelo, y que pronto se verían para que conociera su nieta. El encuentro jamás tendría lugar debido al fallecimiento del Cabo Carvajal.

Según el informe del teniente Dimir Yamith Pardo Peña, comandante de la unidad Destructor Uno, todo ocurrió en el desarrollo de la Operación Serpiente que se inició el 28 de septiembre de 2006, donde participó la Unidad Destructor Uno, agregada a la Segunda División, que se desarrolló bajo el mando operacional del comandante de la Segunda División y de la Brigada Treinta en jurisdicción del municipio de El Tarra.

Sin embargo, al cotejar el informe de Pardo Peña con el testimonio del comandante de policía de El Tarra, el Intendente Pedro Miguel Mendoza, este último señaló que entre los días 6 y 12 de octubre no se presentó ningún tipo de alteración del orden público.

Además, para esa fecha, el cabo Raúl Antonio Carvajal Londoño se encontraba enfermo en sanidad del batallón Ricaurte de Bucaramanga. A partir de esas contradicciones y versiones encontradas, don Raúl decidió, en un acto de desesperación, desenterrar el cadáver de su hijo para que se haga justicia, ya que, según don Raúl, el ejército, en cabeza de sus altos mandos, se ha encargado de ocultar información para entorpecer su derecho a la justicia.

Durante la época en la que sucedió la muerte del Cabo Carvajal, el país fue blanco de señalamientos por parte de organismos de observación internacional, debido al asesinato sistemático de civiles por parte del ejército, con el fin de demostrar cifras positivas de bajas en combate contra los diferentes grupos al margen de la ley, mostrando que estas bajas eran legítimas.

Desde hace 12 años, Raúl Antonio, víctima de amenazas, recorre el país. Tuvo que dejar a su familia. Según el informe de medicina legal es imposible determinar con qué arma el cabo Carvajal fue asesinado y desde ese entonces ha tenido que librar una lucha inagotable para que se sepa la verdad sobre la muerte de su hijo.

El caso del cabo Raúl Carvajal seguía siendo desconocido para la opinión pública, y es cuando decide emprender su travesía desde Montería hacia Bogotá para exigir justicia, y para esclarecer la muerte de su hijo a fin de que no quedara impune. Desenterró su cadáver, y en plena Plaza de Bolívar exigió una nueva necropsia, cuyo dictamen arrojó que había sido torturado.

Esta lucha lo ha llevado a encarar en más de una vez a quienes él considera fueron los culpables del asesinato de su hijo. Por esa razón tuvo que buscar la manera de esconder a su familia en diferentes partes del país.

Jamás conoció a su nieta debido a que la esposa de su hijo desapareció sin dejar rastro alguno, y hasta el día de hoy no sabe nada de ellas. También se considera víctima del sistema judicial, ya que han entorpecido el proceso cambiando fiscales y amedrantando abogados.

Hasta el día de hoy, y pese a que ha encarado en más de una vez a quienes señala de ser los principales encubridores del crimen de su hijo, guarda la esperanza de obtener la justicia que tanto ha buscado.

Pueblo chico, infierno grande

Por: Lizeth Dayana Guerrero Moreno. 2do semestre

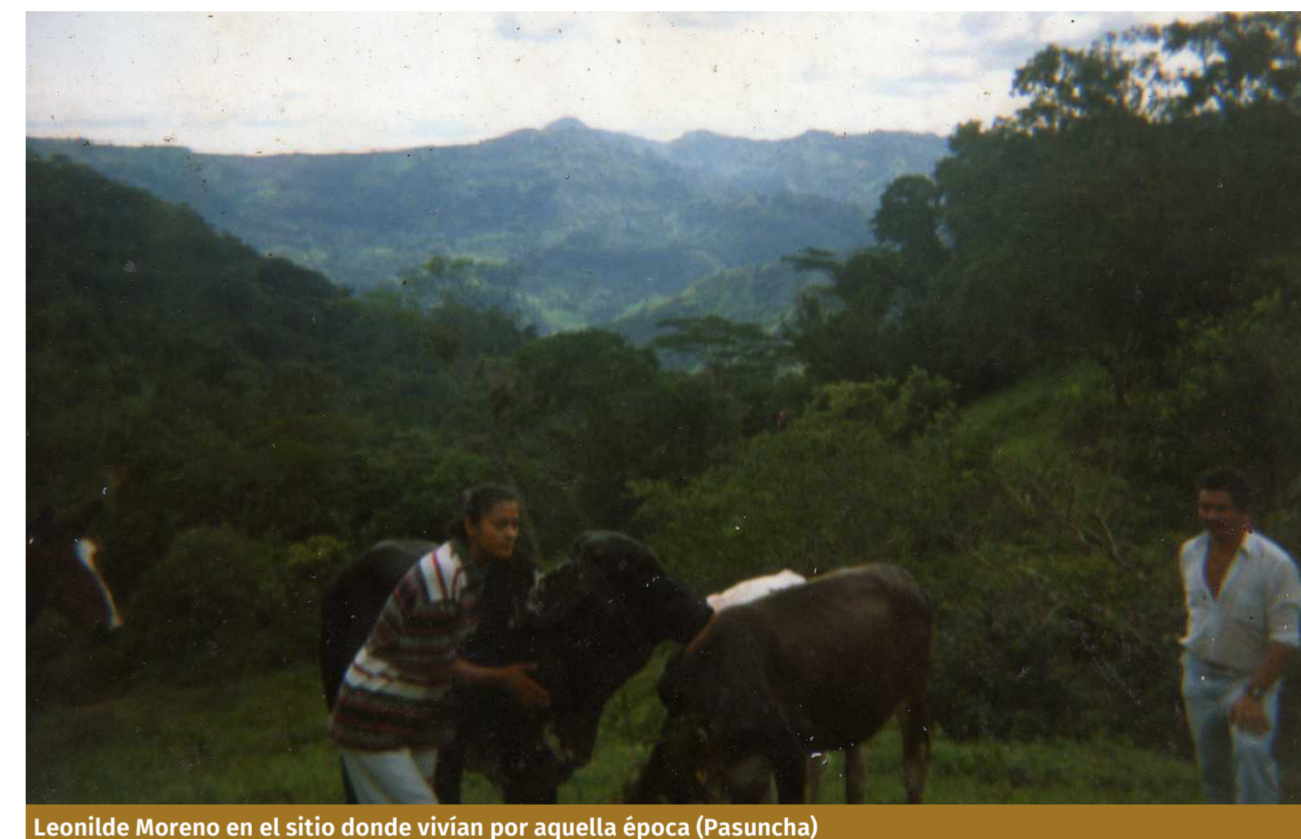
Todo empezó en un pueblo de Cundinamarca llamado Pasuncha, donde Leonilde Moreno nació y vivió gran parte de su vida. Allí tuvo sus mejores momentos, pero hay un día que la marcó, el día que Leo calificó como uno de los más dolorosos de su vida.

Era el sábado 27 de abril del año 2002. Como de costumbre Leo se encontraba alistando su restaurante para el domingo, el día de la semana más importante para el pueblo, donde, además, todos usan sus mejores prendas para ir a mericar. Mientras su padre, el señor Ariel, encerraba los terneros y arrancaba la yuca para el arduo trabajo del domingo, Leo, junto con su madre, la señora Blanca, se dirigían a lavar el negocio. En ese momento vieron llegar una camioneta verde en la que iban varios hombres armados.

En el instante nada pasó por su cabeza, hasta que los hombres de la camioneta se bajaron y se acercaron para preguntarle por su padre. Entonces Leo se asustó. Veinte minutos después vio cómo esos mismos hombres lo encañonaban para montarlo en la camioneta. Unas cuerdas más adelante bajaron a don Ariel del vehículo y empezaron a golpearlo con la cacha del fusil, cuando Leo se percató de lo que sucedía se apresuró a defender a su padre, pero los hombres también lo golpearon en medio de insultos. Cuando su madre se enteró del incidente, intentó socorrer a su hijo y a su esposo, con la misma suerte de sus familiares.



Familia de Leonilde Moreno



Leonilde Moreno en el sitio donde vivían por aquella época (Pasuncha)

Con el paso de las horas continuaron torturando al señor Ariel, mientras las dos mujeres eran insultadas. De repente la señora Leo vio en una esquina del pueblo a sus dos pequeñas de 2 y 4 años que, en medio de lágrimas y gritos, presenciaban los vejámenes a los que estaban siendo sometidos. Entre balbuceos decían: “sangre al abuelito”. De repente llegó Janet, prima del padre de la pequeña de 2 años que se llevó a las dos niñas a su casa.

Luego los hombres montaron de nuevo en el asiento del copiloto de la camioneta al señor Ariel, al tiempo que le apuntaban a la cabeza con una escopeta de dos cañones y bajo el mentón con una de un cañón. Producto del desespero, la señora Leo empezó a rezar: “le pedí al niño Dios que me diera fuerzas para poder rescatar a mi papá, y que mi mamá se desmayara para que dejaran de pegarle a mi papá. Como pude saqué fuerzas para que mi mamá no se cayera al piso y mi papi hizo lo mismo para soltarse de esos hombres y ayudar a mi mamá, sin importarle que él estaba en peor estado que nosotras”.

Entre el señor Ariel y la señora Leo llevaron a la señora Blanca hasta el puesto de salud del pueblo. En el camino se encontraron con un primo que les ayudó a llevarla. Mientras los atendían, los hombres llegaron hasta el puesto de salud, empezaron a golpear la puerta y a insultar a la doctora y a la enfermera que los estaban atendiendo. Vociferantes le gritaron a la familia que les daban veinte días para salir del pueblo. A

pesar de ello, la familia hizo resistencia durante un mes permaneciendo en su hogar.

“Todos los días vivíamos con el miedo de que llegaran a hacernos algo”. El domingo 26 de mayo apareció uno de esos hombres diciendo que necesitaba al señor Ariel y a la señora Blanca para exigirles que se fueran ese mismo día o que les pondrían una granada en la casa y que los matarían. La señora Leo alistó todo lo necesario para poder vivir en otro lugar, a sabiendas que no podría llevarse la mayoría de sus pertenencias.

El señor Ariel le pidió ayuda a uno de sus vecinos para que los ayudara a salir del pueblo en la madrugada, pero el hombre no llegó. Entonces la señora Leo corrió hacia una finca a pedirle ayuda a otro vecino, quien les advirtió que cuando entraran a la camioneta se escondieran porque no tenía idea de qué podría esperarlos. “Con su inocencia, cuando empezamos a alejarnos del pueblo, mis hijas lloraban y decían que querían regresar a su casita”.

La familia llegó a Bogotá al barrio Santa Catalina, y allí vivieron durante un mes. Luego se fueron para Patio Bonito; en ese lugar Leo veía a un señor muy parecido al jefe de los hombres que los habían sacado del pueblo, razón por la que vivían con mucho miedo. Hoy, 17 años después, la señora Leo se encuentra establecida en la ciudad de Bogotá superando día a día la horrible experiencia que tuvo en ese lugar. El señor Ariel y la señora Blanca viven de nuevo en su amado pueblo, intentando olvidar aquel trauma del pasado.

El milagro de la guerra

Por: Kevin Mateo Bonilla Rodríguez. 2do semestre

El conflicto armado en Colombia entre guerrillas y Ejército Nacional ha dejado grandes heridas, no solo en los pueblos o ciudades, sino que también ha marcado de una manera agresiva a las personas que lo han sufrido y vivido.

Una de estas personas fue Mirta Rodríguez. Todo comenzó el 20 de marzo de 2000 a las 6:00 pm en Alpujarra, Tolima, cuando la guerrilla se tomó el pueblo con más de 500 guerrilleros, en tanto que el cuartel de la Policía contaba con 17 policías. Mirta recuerda lo que dijo mientras los guerrilleros se bajaban de los camiones: “Dios mío, esta noche no vamos a durar”. Con ayuda de su padre y de su hermano menor cerraron las puertas de la casa en la que vivían y empezaron a buscar refugio para que las balas no los alcanzaran.

Por esos días Mirta estaba en las últimas semanas de su embarazo. Recuerda que los nervios se apoderaron de los tres. Entonces tomó una veladora, la prendió y empezó a orar durante la noche bajo el fragor de los cilindros bomba, de

las detonaciones de los fusiles y de los gritos en la calle. A las 7:00 de la noche del día siguiente el avión fantasma del ejército llegó y empezó a lanzar bengalas para después disparar una nube de balas sobre los guerrilleros. A eso de las 2:30 am del 21 de marzo, golpearon la puerta de la casa de Mirta, eran guerrilleros gritando que los dejaran entrar, pero ella se rehusaba a abrir por miedo a que los fueran a matar.

Pensaba que si abría la puerta y los guerrilleros los asesinaban, ella quería ser la primera en morir, pues, según sus mismas palabras, “no soportaría ver morir a mi padre o a mi hermano”. Los guerrilleros siguieron golpeando durante varios minutos hasta que por fin desistieron. El Ejército Nacional llegó alrededor de las 3:00 de la madrugada del 21, instante a partir del cual el enfrentamiento tuvo un cambio más brutal y sanginario: las explosiones, las balas y los lamentos se intensificaron.

Por efectos del miedo, Mirta, su padre y su hermano llegaron a un punto en que orinaban o sudaban de manera descontrolada. Mirta sentía que el niño que llevaba adentro también quería salir corriendo. El enfrentamiento, que por instantes se detenía pero que luego se reanudaba con nuevos bríos, duró todo el día y se prolongó hasta caer la noche.

Mirta, su padre y su hermano tuvieron que empezar a poner mesas, colchones o cualquier enser contra las paredes que daban a la calle para protegerse de las balas que de vez en cuando impactaban sobre la casa. Para el padre y su hermano fue muy difícil soportar el hambre, puesto que casi toda la comida se la daban a Mirta para que resistiera con fortaleza en virtud del embarazo.

Las horas transcurrían y el miedo empezaba a convertirse en una especie de amigo cruel, tanto que las balas, las explosiones y los gritos de lamentos no les causaban tanto pavor como al comienzo. La noche cayó y al despuntar el nuevo día los enfrentamientos seguían, aunque ya no eran tan fuertes. Los guerrilleros tenían un buen número de bajas y el ejército lograba acercarse un poco más: el fragor del combate se había atenuado. A pesar de que los guerrilleros sabían que estaban perdiendo, se rehusaban a dejar el pueblo.

Al llegar la tarde, Mirta empezó a tener contracciones, pero al comienzo de la noche no pudo aguantar más. En un acto de valentía su padre salió corriendo hasta llegar al hospital que se encontraba a una cuadra; como lo conocían, de una vez le prestaron atención y lo ayudaron para ir por Mirta que milagrosamente logró subirse a la ambulancia en su compañía.

Mirta tuvo que ser remitida en medio del combate a la ciudad de Ibagué. Sus únicas palabras antes de salir de Alpujarra fueron: “Dios, protégelos, estoy en tus manos”. La ambulancia pudo salir del pueblo sin contratiempos, pero al llegar a la ciudad se encontraba en un delicado estado de salud: durante el viaje había roto fuente y casi todo el líquido amniótico se había derramado. Su padre, su único acompañante, tuvo que firmar un documento antes de que ella entrara a la sala de parto que decía lo siguiente: “puede que viva el niño y muera la madre, o puede que viva la madre y muera el niño”.

Sobrecogido por el miedo, tomó la decisión de firmar el documento en el cual asumía toda la responsabilidad, aunque en el fondo tenía la certeza de que todo saldría bien. El parto se prolongó un par de horas. Para alegría de Mirta y su papá, el niño nació sin ninguna enfermedad. Su hora y fecha de nacimiento fue el 23 de marzo a las 7:30 de la mañana. Cuando Mirta llamó a su hermano para saber cómo estaba, él le informó que el enfrentamiento había terminado exactamente a las 6:30 de la tarde del mismo día. Su hermano le decía llorando que por fin un nuevo día había comenzado.

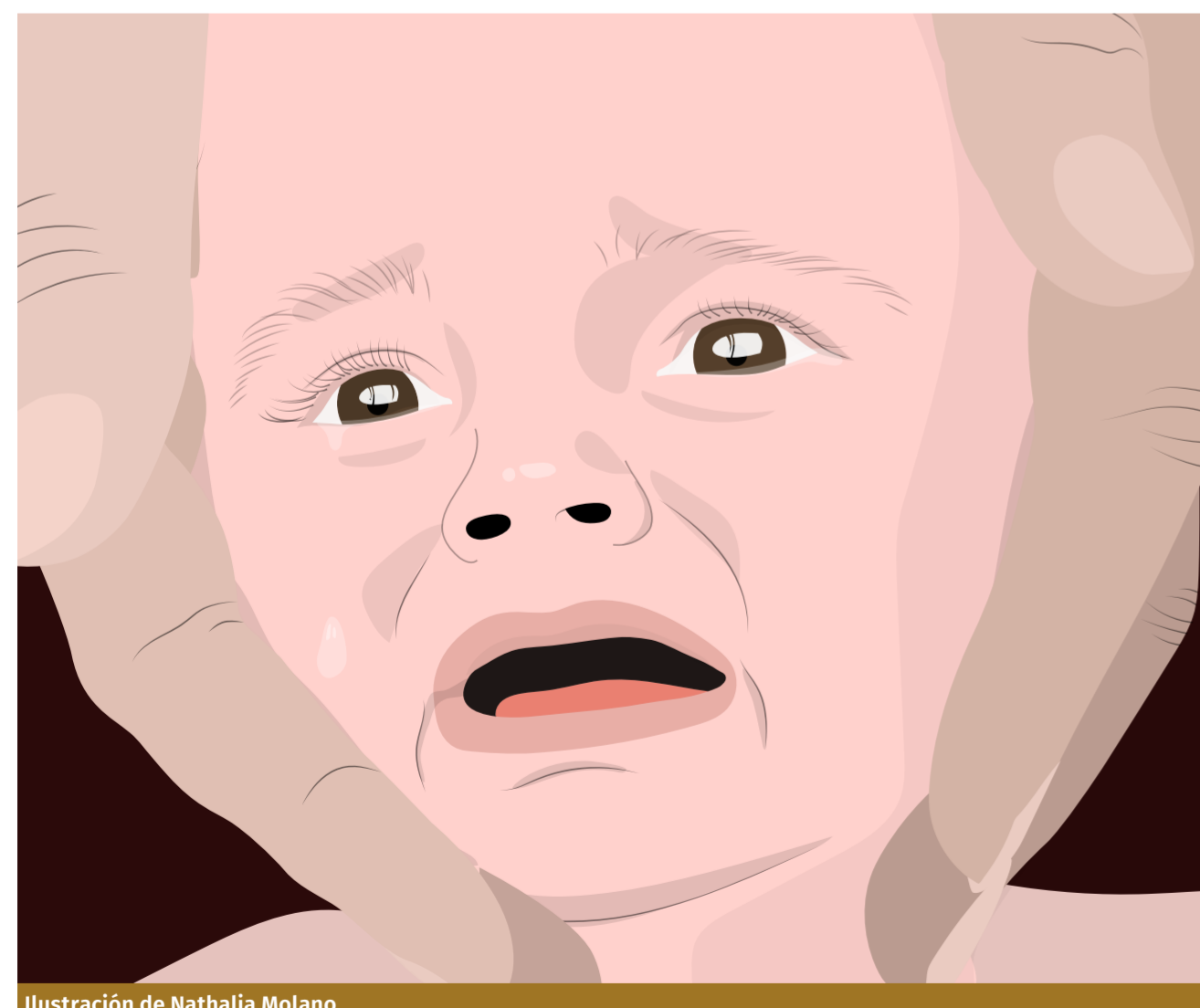


Ilustración de Nathalia Molano



“Nada para las víctimas sin las víctimas”: Paula Gaviria

Hoy es común hablar en el país de víctimas del conflicto armado, pero, en comparación con los años de violencia, esta categoría es muy reciente.

Por: Ángela García. 9no semestre

Tras más de 50 años de conflicto armado y sin ningún acuerdo de paz, el 10 de junio de 2011 el entonces presidente Juan Manuel Santos Calderón promulgó la Ley 1448/11, más conocida como Ley de Víctimas y Restitución de Tierras, hasta el momento la máxima expresión de compromiso Estatal y dignificación de la población civil que padeció o padece el horror del conflicto armado mediante el reconocimiento jurídico de su calidad de víctimas.

En lo político Juan Fernando Cristo ha izado la bandera de la Ley de Víctimas desde el año 2003, lo que pocos saben es que gran parte de las organizaciones de víctimas le otorgan el reconocimiento a Paula Gaviria Betancur, una mujer dedicada a la construcción de paz, la veeduría a los Derechos Humanos y la dignificación de las víctimas en el país.

Paula Gaviria no titubea al afirmar: “Nada para las Víctimas sin las Víctimas”. Considera que el modelo participativo que originó la Ley 1448/11

se debe mantener en el diseño e implementación de las medidas de atención y reparación de esta población. Se muestra preocupada al preguntarle por la situación actual de las víctimas en el país, pues la relaciona con los asesinatos de líderes sociales y con el cliché que se convirtió hablar del tema en el país.

A continuación, una línea de tiempo sobre el camino jurídico, político y social que ha tenido que transitar la Ley de Víctimas para materializarse:

Ámbito Internacional

- 1949 Convenios de Ginebra de 1949 donde se determina en el Convenio III especial protección para la población civil, en particular, en territorio enemigo y en territorios ocupados.
- 1977 Protocolos adicionales que establecen lineamientos en el Protocolo II para protección de la población civil contra los efectos de las hostilidades.
- 1977 Protocolos adicionales que establecen lineamientos en el Protocolo II para protección de la población civil contra los efectos de las hostilidades.
- 1996 En el 52º período de sesiones de la ONU el Representante sugiere a la Comisión ahondar en el derecho a la reparación y el derecho al refugio (E/CN.4/1996/52/Add.2).

Ámbito nacional

- 1997 El primer acto legislativo a favor de las víctimas en el país fue emitido por la Corte Constitucional a través del Magistrado Alejandro Martínez Caballero con la Sentencia T227-97 que ratifica el derecho a la libre circulación y dignidad humana de los desplazados de la Hacienda Bellacruz en el Cesar.
- 1997 El presidente Ernesto Samper Pizano promulga las leyes 317/97, 418/97 y el decreto 976/7 por las cuales se definen y reglamentan los derechos de los desplazados del conflicto armado en el país.
- 2004 La Corte Constitucional promulga la sentencia T025 por la cual se emiten diez medidas de cumplimiento obligatorio dirigidas a diferentes instituciones encargadas de la atención de los desplazados y la restitución de sus Derechos Fundamentales.
- 2005 El entonces presidente Álvaro Uribe Vélez promulga, bajo el principio de Solidaridad, la ley 975 de 2005 en la cual se dictan disposiciones para la reincorporación y acuerdos humanitarios para la población desplazada. También se constituye el Grupo de Memoria Histórica.
- 2007 El Senado llevó a cabo la Jornada de Solidaridad con las víctimas, la primera de muchas acciones que visibilizó desde los territorios la problemática y propuso pasar del concepto de desplazados al de víctimas.
- 2008 Se promulga el decreto 1290 que ordena la creación de un programa de Reparación Individual por vía Administrativa para las Víctimas de los Grupos Armados Organizados al Margen de la Ley a cargo de la Agencia Presidencial para la Acción Social y la Cooperación Internacional-Acción Social.
- 2009 Se archiva la Ley que pretendía reconocer la responsabilidad del Estado con las víctimas, para dignificarlas y repararlas.
- 2010 El único candidato a la Presidencia que no firmó el pacto social por las víctimas fue Juan Manuel Santos. El 27 de octubre el mismo presidente Santos presentó ante el Senado la Ley de víctimas.
- 2011 Se promulga La ley de Víctimas y Restitución de Tierras incluyendo los Decretos étnicos que permitirían el desarrollo de la Ley de Víctimas con enfoque diferencial, es el primer acto legislativo que pasa del principio de solidaridad al de responsabilidad estatal.
- 2012 Nacen la Unidad para la Atención y Reparación Integral de las Víctimas, la Unidad de restitución de Tierras y el Centro Nacional de Memoria Histórica con el objetivo de darle cumplimiento a la Ley 1448 de 2011.
- 2013 Se crea el Fondo para Víctimas del Conflicto Armado, estrategia administrada por el ICETEX que permite el acceso, permanencia y graduación de sus beneficiarios.
- 2014 Desde la Mesa de negociación de la paz se emite el Decálogo de Víctimas en el cual los actores asumen su responsabilidad en la atención y reparación de esta población.

Si bien este listado comprime el tiempo como una suma de anécdotas, los logros desde el ordenamiento jurídico para la garantía de derechos por parte de los millones de víctimas en

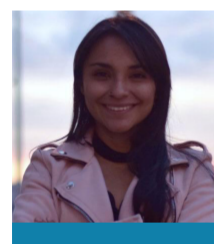
Colombia han significado los esfuerzos de personas, de organizaciones nacionales e internacionales, cuyos avances no suponen haber alcanzado una situación ideal pero sí permiten

que las víctimas cuenten con recursos legales y con mayor reconocimiento social.



La fotografía que nunca regresó a casa

Pilar sostiene en sus manos la fotografía de su esposo Héctor



Por: Luisa Fernanda Pérez Buitrago.
9no semestre

“Préstame la foto Pili. Préstamela, préstamela. Préstamela para mostrársela a la doctora Nora. No seas así”, le dijo Héctor en tono suplicante a su esposa Pilar, quien sostenía con sus manos la fotografía de sus cuatro hijas con el disfraz de la noche de brujas del 85. Ella se negaba a entregársela, pero mientras desayunaban y cansada de tanta insistencia le respondió: “No! Siempre botas las fotos que te llevas”, le dijo al tiempo que cambiaba de opinión. “Jimmy, toma la foto, pero espera, espera; no todo es tan fácil, si la pierdes no intentes regresar. Mejor dicho, repite después de mí: Yo, Héctor Jaime Beltrán, juro que si pierdo la foto no regreso a casa”.

Jimmy era el sobrenombre que Pilar le tenía de cariño a su esposo. Él, con la fotografía en el bolsillo delantero de su camisa, se dispuso al juramento. Con una mano puesta en el pecho, justo en el lugar donde se encontraba el retrato, muy cerca del corazón, y con la otra levantada a la altura de su cabeza, repitió: “Yo, Héctor Jaime Beltrán, juro que si pierdo la foto no regreso a casa”. Jamás un juramento había sido tan preciso.



Las cuatro hijas de Héctor y Pilar con el disfraz de la noche de brujas.

Presuntuoso, ese 6 de noviembre de 1985, se despidió de Pilar y de sus hijas, prometiéndoles que las llamaría alrededor de las 11 de la mañana, cuando tuviera la posibilidad en la cafetería del Palacio de Justicia donde se desempeñaba de lunes a viernes como mesero.

Para la época, vivían en un apartamento pequeño que compartían con la mamá y la hermana de Pilar, en el municipio de Soacha. Tenían falencias económicas y el peso de la responsabilidad derivado del cuidado de las niñas y del hogar, congeló, de alguna forma, la pasión y el deseo.

Pilar conoció a Héctor cuando tenía 13 años. Mientras ella ensayaba la interpretación del papel de Mauricio para una obra teatral llamada Toque de queda, él asomó de repente: era alto y delgado, no tenía camisa y cubría sus piernas con un pantalón camuflado; se hizo notar de inmediato.

“Oye, tú lo estás haciendo mal. No estás haciendo bien eso, mira, tienes que moverte como si te halaran, como si estuvieras molesta”, le dijo con el acento costeño que lo caracterizaba. Enseguida le mostró a la joven la forma correcta de interpretar al personaje.

Desde ese día pasaron unos cuantos piropos y algunos momentos de coquetería para que ella se animara a ser su novia sin tener en cuenta los nueve años de diferencia. Era octubre de 1970, y solo pasaron tres meses para que del amor surgiera el primer fruto.

A las once de la mañana, Pilar comenzó a llamar insistentemente a Héctor al teléfono de la cafetería para contarle que había logrado matricular a su hija mayor en el colegio, pero al verificar que la línea se encontraba ocupada, consideró pertinente no molestar y esperar a que él fuera quien se comunicara. Pasadas las doce del mediodía entró al apartamento Helena, su amiga más cercana, para preguntarle si ya se había enterado de lo acontecido en el Palacio de Justicia: “¡Marica, los guerrilleros del M-19 se tomaron el Palacio de Justicia!”

Entre angustia y confusión, prendieron el televisor. El terror aumentó cuando vieron que en vivo se transmitía el holocausto: los tanques, los gritos, los sollozos de los familiares que llegaban, la arremetida inédita del Ejército Nacional a las instalaciones, el sonido de las balas. Pilar no comprendía lo que estaba pasando. Apagó la caja negra para evitar que sus hijas la vieran y,

como consuelo, se decía a sí misma: “a él no le va a pasar nada, a él no le puede pasar nada”.

“¿Pero qué le puede pasar si no es guerrillero, ni magistrado, ni abogado, ni mucho menos policía?” Jimmy es solo un mesero”, le confesaba atónita a Helena.

Ese día, cerca de 35 guerrilleros de la compañía Iván Marino Ospina del Movimiento M-19 se tomaron por asalto las instalaciones del Palacio de Justicia en Bogotá. Lo llamaron La Operación Antonio Nariño por los Derechos del Hombre, para entablarle un juicio público al gobierno de Belisario Betancourt, entonces presidente de la República, y reclamarle así por el incumplimiento a la tregua establecida con la organización. 350 personas entre magistrados, consejeros de Estado, visitantes y empleados que se encontraban en el recinto, fueron tomados como rehenes por la organización guerrillera, liderada por los comandantes Andrés Almarales, Alfonso Jocquín y Luis Otero. Ante el hecho, el Ejército Nacional y la Policía rodearon el edificio, y aunque horas más tarde lograron ingresar a las instalaciones para recuperar el control de la situación, esta incursión se convirtió en un desastre inevitable.

Gran parte de este acontecimiento Pilar lo pasó con la familia de Héctor en su casa, pues fue su cuñado quien se acercó al Palacio. Pasaban las horas, los minutos, los segundos, y entre las cenizas del fuego transcurrió la noche, y al día siguiente, 7 de noviembre, comenzaron a salir los sobrevivientes.

Con el corazón en la mano y los nervios hechos trizas, Pilar se dirigió al centro de la ciudad, en compañía de sus suegros, cuando su cuñado le

aseguró que ya todo había finalizado. Él le confirmó que había entrado a la cafetería, y como no vio cadáveres o rastros de sangre, supuso que Héctor aún seguía con vida.

En un carro pequeño y viejo, Julio, el padre de Héctor, las llevaba hasta el lugar de los hechos. Subió por la carrera cuarta y desde allí bajaron corriendo hasta la séptima. Desde las ventanas de las casas les gritaban: “escóndanse, quítense, aún hay francotiradores”, a lo que hicieron caso omiso. Pilar jamás olvidará el retrato de lo ocurrido, pues una vez llegaron a la Plaza de Bolívar sintió olor a carne cocinada: vio cómo sacaban los cuerpos uno tras otro, algunos prácticamente convertidos en cenizas.

Jamás un juramento había sido tan preciso. Sin duda la fatalidad del destino ya no haría volver a Héctor con la fotografía. Desde ese día nunca más regresaría para besar a su esposa y ver crecer a sus hijas, porque él, desde ese día, se convirtió en uno de los desaparecidos del Palacio de Justicia...

Han sido años de lucha para Pilar y su familia: el aprender a vivir su realidad sin Jimmy que ya no estaría presente en los cumpleaños, en las navidades, en el nacimiento de sus nietos ni para atender las dolencias de sus viejos. También se enfrentaron a un Estado indolente y a las amenazas que día a día golpeaban a su puerta, a los señalamientos de algunos miembros del Ejército y a la indiferencia del pueblo colombiano.

Para Pilar fue complejo aliviar el dolor que la ausencia de su esposo les causaba a sus hijas, en especial, a la de mayor edad. “Lo más traumático

de esta experiencia era no saber si estaba vivo o muerto, y si había sido asesinado ¿dónde estaban sus restos?, ¿cómo hacerle una despedida digna? o ¿por qué a él, si solo era un mesero?”, asevera, sosteniendo su rostro.

Héctor no solo fue desaparecido sino asesinado. Las exequias se celebraron treinta años después, una vez se descubrió que sus restos estaban enterrados por equivocación en la tumba del magistrado auxiliar Julio César Andrade.

La fotografía de sus cuatro hijas disfrazadas adquiere mayor significado luego de pasados algunos años, pues durante su testimonio, el agente de inteligencia del Estado, Ricardo Gámez Mazuera, en el exilio, indicara que durante la arremetida vio a Héctor Jaime, que a pesar de los gritos y las golpizas que le propinaban, nunca apartó la mano del pecho.

“Repite después de mí: Yo, Héctor Jaime Beltrán, juro que si pierdo la foto no regreso a casa” ... fue el juramento que por años estuvo presente en la conciencia de Pilar.

Pilar ama a Jimmy a través de su recuerdo. No le fue fácil enfrentarse sola a la vida, con cuatro niñas pequeñas y a todo lo que su crianza ameritaba, pero lo logró, porque las sacó bien libradas del dolor. Ella hoy es una de las voces más reconocidas de las víctimas de crímenes de Estado en el país, es una activista de corazón y cuerpo entero. Se convirtió en actriz y encontró en el teatro una forma creativa de lucha y protesta ante tantos años de silencio.



Commemoración de la toma del Palacio de Justicia

Entre risas y llanto. Entre guerras y descanso

Por: Anlly Vanesa Flórez Duarte. 2do semestre

A los 70 años el señor Esaú de Jesús Flórez Benítez recuerda cómo, en 1948 cuando nació, comenzó una guerra entre godos y cachiporros, (actualmente conservadores y liberales). El padre de Esaú, Antonio Flórez, tuvo que huir hacia las selvas de Murri, junto con su familia, donde su padre y hermanos entraron en guerra.

Esaú, en medio de risas, relata cómo eran las armas en ese entonces:

“Eran escopetas de chimenea, lo maluco es que mientras se hacía un disparo había que esperar entre 5 a 10 minutos para volver a cargarla”. Mientras tanto los enemigos los podían atacar si tenían su escopeta cargada. Como en ese entonces no existían los aviones de ayuda, les tocaba sí o sí con su escopeta de chimenea.

Los liberales tenían dos capitanes llamados Franco y El Gordo; *“Eran amigos de mi papá, y mi papá peleaba con ellos y con un hermano más grandecito que yo, Leonardo”*, dice Esaú.



Esaú con sus hermanos

Con sus 20 años, Leonardo peleaba y luchaba por defender a sus hermanos más pequeños, entre ellos Esaú con 3 años. La rivalidad entre liberales y conservadores demoró en acabar, a pesar de que los godos tenían mejores formas de atacar, siendo ellos de la política y los liberales campesinos.

“A los campesinitos les tocaba muy duro, pues siempre tenían que correr hacia la selva por la mortandad tan impresionante que era constante, fue cuando mataron a los tíos míos ‘Pepe y Pacho’. Pero llegó el General Rojas Pinilla y ese acabó con la guerra”, dice Esaú con una leve sonrisa de satisfacción en su rostro.

Pasaron los años y Esaú ya había estado casado y tenía hijos, hasta que con 37 años se enamoró de una jovencita de 16. Se fueron a vivir juntos a Dabeiba, Antioquia. Por esa época comenzó la guerra entre guerrilleros y paramilitares, la guerra del 88 que afectó a Colombia, pero en particular a pueblos y veredas de Antioquia como Dabeiba, Urao, Urabá, Murri, Pechinde, Carabutica, Platanares, Chocó, Montería, etc.

La guerrilla empezó a matar gente para sacarla de sus territorios. Carlos Castaño, el primer paramilitar que operaba en Córdoba, comenzó a buscar gente para formar un grupo armado. Como Esaú era médico naturista, cuando cualquier integrante de los 2 bandos estaba enfermo acudían a él.

Hace ya 30 años un grupo de guerrilleros llegó por Esaú a la casa diciendo que lo necesitaban para una consulta, pero que por favor los atendiera afuera. En casa se encontraba Emilse, su esposa, y Yeison de un año, el primero de sus cuatro hijos. Emilse les respondió que Esaú no podía salir porque se acababa de echar un baño caliente, y que si salía eso le podía hacer daño. Esaú, que escuchaba la conversación, se imaginó lo que estaba a punto de suceder.

Al salir se encontró con la guerrilla, quienes le dijeron que irían cerca de la casa, pero en verdad se lo llevaron al monte para obligarlo a arrojarse y colocarle un arma en la cabeza. Esaú recuerda que lo sacaron para matarlo porque una señora lo envidiaba por la casa que él tenía y de la que quería despojarlo, la única de cemento que había en medio de las otras casas que eran de tablas.



Esaú con Emilse, su esposa, y Yeison, el primero de sus cuatro hijos.

Esta señora le hizo la vida imposible a Esaú, a tal punto que para sacarlo de su propiedad le dijo a la guerrilla que él era un sapo y que trabajaba con la ley, en tanto que a la Policía le dijo que él era un sapo que auxiliaba a los guerrilleros, recuerda Esaú haciendo un gesto de tristeza en su rostro.

Mientras permanecía de rodillas en ese monte, con el arma en la cabeza, el guerrillero le decía: *“Qué lástima hermano, usted nos caía bien porque pensábamos que no se metía con nadie”*. Esaú no respondió nada, solo empezó a rezar y a pedirle a Dios que lo ayudara para que nada malo le pasara.

“De inmediato empiezo a hacer mis oraciones de preparación y a exclamarle a Dios que no me desamparara”, dice Esaú, con sus ojos empañados y una sonrisa en su rostro. “Después de media hora me soltaron y me dijeron que me fuera rápido, que yo tenía un ángel en el cielo que no dejaba que nada me pasara”. Regresó a su hogar sonriente.

En septiembre de 1998 Esaú y su familia fueron desplazados por la guerrilla, no soportaban más la violencia, a tal punto que se vieron obligados a dejar su casa para escapar hacia la ciudad de Medellín.

Nuevas iniciativas de vida



Por: Laura Benavides. 8vo semestre.

La Fundación Tiempo de Juego fue creada hace 14 años por Andrés Wiesner y en la actualidad es dirigida por Esteban Reyes. Esta Fundación utiliza el juego como herramienta de transformación comunitaria para fortalecer las capacidades de la niñez y de los jóvenes e inspirarlos a ser agentes de cambio de las comunidades donde juegan un papel importante.

El trabajo de Tiempo de Juego ha resultado tan valioso, que en otras regiones del país han intentado replicar su modelo en el marco del posconflicto a fin de generar espacios de convivencia a través del deporte y del arte. En este ámbito, la Fundación trabaja en alianza con la Agencia Colombiana para la Reintegración (ACR) en el proyecto Juguémosle a la Paz, im-

plementado en noviembre de 2015, año cuando el Gobierno Nacional de Colombia y las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia) dieron a conocer los acuerdos de paz. Este proyecto tiene como iniciativa integrar a desmovilizados de la guerrilla y de los grupos paramilitares como gestores y administradores del modelo de la fundación.

Una vez los desmovilizados han terminado su proceso con la ACR tienen la responsabilidad de capacitarse para replicar el modelo de Tiempo de Juego en zonas vulnerables, a fin de fomentar la convivencia y prevenir nuevos reclutamientos o abusos hacia las comunidades.

La violencia en Colombia ha dejado millones de víctimas, que, particularmente, ha impactado al campesinado, a las comunidades indígenas y afrodescendientes. Al desplazamiento forzado se suman asesinatos, violaciones, desapariciones y reclutamientos forzados. En este contexto doloroso, la Fundación ha visto una oportunidad, puesto que su iniciativa tiene como uno de sus objetivos estratégicos integrar a los desmovilizados de todas las facciones en contienda para brindarles una mano amiga como gestores

y administradores del modelo de gestión de la fundación.

Mediante el fútbol, por ejemplo, la Fundación propende por un nuevo futuro, que permita olvidar los malos tiempos, perdonar los errores del pasado y crear nuevas esperanzas, ya no desde el campo de la guerra, sino desde el campo de juego. Es una nueva familia de 11 jugadores que a la hora de pisar el terreno de juego sueñan con alcanzar sus metas. La Fundación tiene dos sedes en Bogotá: una en el barrio Cazucá, del municipio de Soacha, y otra en el centro occidente de la capital, donde adelantan proyectos con niños, jóvenes y adultos.



HAZ parte del equipo

DATEATE

al minuto

El periódico Dateate al Minuto abre convocatoria para los estudiantes de todos los semestres que les guste la escritura y que quieran publicar sus crónicas, reportajes, perfiles, entrevistas y artículos periodísticos.

Las personas interesadas pueden enviar los textos al correo electrónico dateateweb@gmail.com para que sean publicados en las próximas ediciones del periódico.

Mayores informes en la Sala de redacción ubicada en la Cr73 bis - 81-81. Casa de la creatividad de la Facultad Ciencias de la Comunicación.

UNIMINUTO
Corporación Universitaria Minuto de Dios
Educación de calidad al alcance de todos
Vigilada MinEducación

Crónica

del sufrimiento campesino

Por: Jesús Manuel Vergara Atencio. 2do semestre

Andrés Antonio Barón Castellano era el nombre de un campesino de los Montes de María, quien fue asesinado por un grupo armado en la madrugada del 5 de marzo de 1997.

En 1973 los padres de Andrés Antonio decidieron empezar una vida en el corregimiento La Pelona. Era una hacienda donde los campesinos vivían felices, sin ninguna preocupación. Eran 65 familias organizadas en torno a la confianza y la paz del campo que les era suficiente. Derivaban su sustento de la ganadería, la pesca y la agricultura. Todo parecía ir por buen camino, pero la envidia de algunos empezó a aflorar.

Compartir las tierras de La Pelona con otras comunidades no era agradable para ellos, razón por la cual decidieron crear límites territoriales, pero esto no fue suficiente: empezaron las quejas porque unas familias tenían mejores tierras que otras. Pero el mayor de sus problemas apareció en 1996, época de la llegada de los paramilitares que ya habían arrebatado las vidas de muchos campesinos, así como habían desaparecido a otros que hicieron caso omiso a las amenazas de muerte si no se iban de sus tierras.

Eran las 12:45 de la madrugada del 5 de marzo de 1997 cuando un grupo de hombres llegó en una camioneta pidiéndole a Andrés Antonio que saliera de su casa para hacerle unas preguntas. Andrés estaba con su hija enferma en brazos, que no fue impedimento para que los hombres lo sacaran de la comodidad de su casa. Los recién llegados hacían parte de las Autodefensas Unidas de Colombia AUC dirigidos por Rodrigo Mercado Pelufo alias "cadena", quien recibía órdenes de Salvatore Mancuso alias el "mono Mancuso".

Andrés Antonio fue el segundo de 7 hermanos. Era campesino, cuidaba una parcela donde tenía



Imagen tomada de semana.com

los cultivos con los que mantenía a su familia. Era un líder social, guiaba a los jóvenes hacia el deporte, y según los habitantes de La Pelona, esa fue la causa de su muerte. Otros dicen que lo mataron porque se negó a dar la ubicación de otras personas por quienes los paramilitares preguntaban.

Ana Luna, la esposa de Andrés Antonio, salió corriendo de su casa a la aldea de La Pelona para informarles a los demás de lo que pasaba. Muchos de ellos partieron corriendo a buscarlo de inmediato. Llegaron a lugares bastante alejados con la esperanza de encontrarlo. A eso de las 6 de la mañana lo lograron. Se llevaron una gran sorpresa: el cuerpo de Andrés se encontraba a pocos metros del caserío. No pudieron verlo por la oscuridad de la noche. Todos habían pasado por el costado de su cuerpo, incluso su esposa y sus hijos. Los paramilitares, al parecer, querían llevárselo a la aldea, pero se dice que Andrés forcejeó con sus secuestradores, que decidieron terminar con su vida en ese mismo lugar.

La comunidad encontró a Andrés en un estado inhumano. Martha Barón, una hermana de la víctima, y uno de los pocos familiares que se encontraba en La Pelona esa mañana, recuerda: "cuando me dirigía al lugar donde se encontraba mi hermano, se veía el rastro por donde su cuerpo había sido arrastrado. Al momento de llegar al lugar solo quería abrazarlo ahí donde estaba tirado; la comunidad no dejó que me acercara porque su cuerpo se encontraba en muy malas condiciones. Estaba lleno de hormigas bajo el sol, tenía señales de maltrato, había sido arras-

trado por una loma de piedras atado de manos y pies, y había recibido un disparo en la cabeza".

Virginia Barón, hermana mayor de la víctima, se encontraba en San Onofre esa mañana: "Estaba preparando comida para mi hija que iba de salida para Cartagena; de repente vi llegar a una de mis vecinas que aterrorizada me informó de la muerte de mi hermano. No podía creer lo que me decía, mi hermano no podía estar muerto. No pude aguantar las ganas de llorar, pero mi hija me pidió calma ya que mi madre se encontraba dormida en la habitación y podía matarla si se enteraba de la muerte de Andrés Antonio. Mi madre estaba enferma con problemas del corazón, así que decidí no llorar ni gritar para no despertarla: no sabía qué hacer, caminaba de un lado a otro, desde la entrada delantera hasta la puerta del patio, las ganas de llorar crecían mucho más, pero pensaba en mi madre. De repente, llegaron dos de mis vecinas y despertaron a mi madre, le dieron una pastilla para el corazón y le dijeron que a Andrés Antonio estaba muerto. En ese momento rompí a llorar, ya no aguantaba. Mi mamá se sentó en una silla también a llorar gritando... 'a mi hijo no, a mi hijo no, ¿Por qué? ¿Por qué?'. Esto decía una y otra vez con demasiada tristeza".

Al día siguiente, 6 de marzo, los Barón Castellano y su descendencia decidieron salir de esas tierras sin ningún interés en volver. También salieron todas las demás familias. Fue un desplazamiento masivo. Muchos se fueron a Cartagena, Barranquilla, Venezuela y otros que quedaron en San Onofre: no se atrevieron a regresar a La Pelona.

Andrés Barón, padre de Andrés Antonio que también había tenido un encuentro con los paramilitares el año anterior a la muerte de su hijo, se arriesgó a volver a sus tierras: "Dos años después de la muerte de mi hijo, en 1999, decidí volver solo a La Pelona, a mi parcela que se llamaba El Martirio, pero no pasé mucho tiempo en paz: los paramilitares me atormentaban cada noche cuando iba camino a mi lugar de trabajo; nunca tuve intención de hacerles mal pero ellos sí tenían toda la intención de hacerme mal a mí. Muchas veces me hacían devolver porque no me dejaban tomar mi camino habitual a mis cultivos. En el año 2002 bajo la presión y las fuertes amenazas, fui sacado a la fuerza de mis tierras", rememora Andrés Barón.



Fotografía tomada de Flickr- Luz Adriana Villa

Una fundación

nacida de la tragedia



Por: Juan Manuel Rodríguez. 7mo semestre.

Ubicada en Bogotá, la Fundación Colombia con Memoria trabaja en busca de asistencia jurídica para víctimas del narcotráfico.

Todo empezó el día 27 de noviembre de 1989 cuando el vuelo 203 de la aerolínea Avianca, con destino al Aeropuerto Internacional Alfonso Bonilla Aragón de Palmira, Valle del Cauca, explotó en pleno vuelo en el cielo de Soacha, Cundinamarca. Las autoridades concluyeron que el siniestro había sido provocado por un atentado con bomba perpetrado por el Cartel de Medellín. Como resultado murieron 110 personas, 6 miembros de la tripulación, 101 pasajeros y 3 personas que estaban en tierra.

20 años después del atentado, Gonzalo Enrique Rojas Peña, politólogo de la Universidad del Rosario, con estudios en Derechos Humanos y en Derecho Internacional, e hijo de Gonzalo Hernán Rojas, víctima del atentado de Avianca, fundó, junto con un grupo de personas víctimas del mismo atentado, la Fundación Colombia con Memoria.

Según Gonzalo, la Fundación inició funciones el 11 de noviembre del 2009, a falta de unos días para el 20vo aniversario del atentado. En principio querían destrabar el proceso legal, y que la gente generara conciencia sobre el impacto del terrorismo.

Al inicio, empezaron a hacer conmemoraciones del atentado, y después fueron reconocidos como víctimas del conflicto armado; luego enfo-



El 27 de noviembre de 1989 cuando el vuelo 203 de la aerolínea Avianca con destino al Aeropuerto Internacional Alfonso Bonilla Aragón de Palmira, Valle del Cauca, explotó en pleno vuelo en el cielo de Soacha, Cundinamarca.

caron su trabajo hacia la atención y orientación de víctimas para ser reconocidas en el marco de la ley 1448, y, actualmente, la Fundación avanza en el informe de la Comisión de la Verdad.

La Fundación ha realizado dos proyectos de gran impacto, dirigidos a brindarles atención a víctimas. El primero es el llamado Jóvenes Promotores de Reconciliación; es una convocatoria de jóvenes de 14 a 20 años que hayan sido víctimas del terrorismo, con el fin de llevarlos a la ciudad de New York a un encuentro organizado por la Fundación Strength to Strength que reúne a jóvenes víctimas de todo el mundo, para un intercambio de experiencias y para la creación de redes de apoyo entre los participantes, además de conocer a diferentes personas que les ayudarán a tener perspectivas diferentes sobre la atención a víctimas.

El segundo proyecto se denomina Los sabores de la reconciliación, que promueve el diálogo y la reconciliación entre excombatientes y víctimas: "este proyecto lo hicimos con la ayuda de la Cámara de Comercio de Bogotá; pueden buscarlo

por internet para descargar el libro o los capítulos por Youtube. Es un tema de pedagogía sobre el post conflicto, y también representa el tiempo que se destina a un ejercicio de reconciliación; invitamos a víctimas y a excombatientes a que cocinemos juntos y a hablar sobre los puntos del acuerdo de paz; del mismo modo invitamos a expertos y a un general: al final el ejercicio salió bien", señala Gonzalo.

A falta de unos pocos meses para el 30vo aniversario del atentado al avión de Avianca, Gonzalo y su equipo de trabajo preparan la conmemoración con un informe para la comisión de la Verdad: "ya nos lo aceptaron y hemos estado trabajando en eso; el 27 de noviembre lo presentaremos", asegura Gonzalo.

La Fundación cuenta con la ayuda de diferentes organizaciones alrededor del mundo, pero las dos más destacadas son Strength to Strength, una organización sin ánimo de lucro de la ciudad de New York, que busca ayudar a las víctimas del terrorismo alrededor del mundo mediante asesoramiento psicológico con reuniones periódicas y con espacios para el intercambio de experiencias. La segunda es l'Association française des victimes du terrorisme, que cuenta con la particularidad de que su fundador, al igual que Gonzalo Rojas, perdió a su padre en un atentado terrorista de avión.

Gonzalo envía un mensaje de apoyo a todas las personas que hayan sido víctimas del conflicto armado, llamándolos a no desfallecer y a ser reconocidos como parte de la historia de Colombia: "Invitar a las víctimas a que no desfallezcan en su objetivo de ser reconocidos, a que sus hechos sean también reconocidos como parte de la memoria de este país, a que sigan trabajando por salir adelante, por reconstruir y retomar sus vidas. Yo sé que es muy difícil, pero sé que de este camino uno sale muy fortalecido" es el llamado de Gonzalo.



Instalaciones de la Fundación Colombia sin memoria

Anécdotas de un campesino doctor

Por: Sonia Esmeralda Quevedo Riveros. 2do semestre

En Fosca, Cundinamarca, vive Wilfredo Vásquez Romero, un hombre que se dedica a su finca. Cuando llegué lo encontré en la conejera.

"Buenas tardes doctor", (así le decimos porque fue profesor en la Universidad Nacional). Él saludó con una alegría expresada en el brillo de sus ojos cafés. Noté que ha superado la enfermedad; por su sonrisa comprobé que está bien, que ha recuperado las ganas de trabajar, de estar activo: de nuevo poda el jardín, ve por los animales y cuida de su finca. Ha comprado conejos por eso debe arreglar la puerta.

Entramos y grita: "Mija". De inmediato salió la señora Mariela que nos dice: "Sigán, pónganse cómodos, ya los acompaño, es que estoy viendo una película".

Nos sentamos en la sala con el trinar de los pajaritos de fondo. "¿Qué le puedo contar? Yo nací el primero de septiembre de 1945 en Sáname, una vereda de este municipio donde mis papás ejercían como docentes, hasta que la violencia que se desató entre conservadores y liberales nos afectó directamente. Una noche del 49 toda la muchachada conservadora nos hizo una asonada: nos arremetieron con piedras y nos hicieron salir a media noche; entonces tuvimos que desplazarnos a Puente Quetame caminando porque en ese tiempo no había carretera. Llegamos en la madrugada y mi mamá consiguió un camión que nos llevó hasta Bogotá, donde afortunadamente mi papá había hecho una pequeña inversión en

el barrio Olaya Herrera. Era una casa lote, ahí nos tocó meternos y permanecer bastante tiempo; en Fosca teníamos todo lo necesario, pero de la noche a la mañana nos sacaron".

En ese momento se acerca la señora Mariela, con yogurt y galletas que deja sobre la mesa y se retira. "Cuando llegamos a Bogotá iniciamos una nueva vida: los hombres tuvimos la fortuna de estudiar en un colegio dirigido por Jesuitas, El San Bartolomé, donde estudiábamos de 7:00 de la mañana a 12:00 y del mediodía y de 2:00 a 6:00 de la tarde. De 7:00 a 8:00 de la mañana era misa todos los días: nos gustara o no, tocaba. A mí me obligaban, por eso me hice acólito".

En ese momento no entendí, pero al ver sus ojos de picardía seguí comiendo galletas y escuchando. Wilfredo continuó: "Fui acólito durante 4 años: los estudiantes debíamos ir a la Iglesia de San Ignacio, allá la misa tardaba una hora exacta, pero los acólitos íbamos a las misas de la capilla que eran de 15 o máximo 20 minutos, porque no tenían que dar sermones, ni explicaciones: ¿Cómo es que se llama eso?".

- La homilía, respondí.

- "¿Qué es homilía?"

- La explicación que da el sacerdote del Evangelio y las lecturas.

- "Eso, la homilía, pero eso se hace para el público y como allá no había público sólo leían y ya. Salíamos como un tiro y al finalizar la misa nos daban un papelito para ir a reclamar un desayuno con huevo y jugo de naranja, algo que una nunca veía en la casa; entonces a mí no me im-



Wilfredo Vásquez recordando viejos tiempos a través de la fotografía.

portaba si me tocaba estar disponible desde las 6:00 de la mañana: acolitaba, desayunaba y me quedaba tiempo para descansar, hacer tareas o jugar microfútbol mientras eran las 8 para ir a clases".

"En cuarto de bachillerato ya era acólito mayor: me encargaba de las hostias y el vino; en ese año me gané al padre David, considerado el primer orador sagrado de Colombia que era el encargado del sermón de las Siete Palabras en Semana

Santa a través de la Emisora Nueva Granada, hoy en día RCN; Caracol Radio, que por entonces se llamaba Nuevo Mundo, se encadenaba y entre las dos lo transmitían para todo el país. El padre David era un anciano de un genio el hijo de madre, bueno, en todo caso a mí me quería y le gustaba que yo le acolitara".

- ¿Por qué? pregunté.

- "Porque cuando me pasaban la bandeja con las dos jarras de vino y me decían que eran para el padre David, yo sabía cómo era la movida: llenaba la jarra del vino y la del agua no". Sonreímos y noté que se perdió en los recuerdos, pero con una de esas sonrisas que dicen algo así como 'qué buenos tiempos'.

"En San Bartolomé cada estudiante tenía un consejero espiritual. Uno de ellos era el padre

Bernardo Díez, sacerdote jesuita que estaba como misionero en Colombia; era exigente a morir y me tocaba acolitarle por obligación. Ese cura me daba Historia de la Iglesia. Resulta que yo pertenecía a la selección de microfútbol y no podía tener materias con promedio inferior a 3.5 porque me suspendían de la selección hasta que subiera la nota. Como a mí no me iba tan bien pues mi promedio estaba entre 2.8 y 3.2, vivía desesperado porque a cada rato hacían ir a mi mamá para quejas y quejas; entonces Humberto, mi hermano mayor, me dijo: 'dígame al cura Díez que usted en el fondo tiene una inclinación por ser cura y verá que le cambia la situación'. Eso fue lo peor que me pudo haber pasado porque el cura llegaba a la casa para hablar con mis papás, o bueno, con mi mamá porque mi papá era enemigo de los curas: él legítimo liberal y los curas conservadores que decían que matar

a un liberal no era pecado, pues imagínese. Del 2,8 pasé a 4,5, no importaba que fuera malo en Historia de la Iglesia porque compensaba el hecho que yo iba a ser cura".

En ese momento sale la señora Mariela. Guardo mi agenda y digo: "Muchas gracias doctor, qué agradable es escuchar sus historias". Él sonríe y me dice: "A mí no me gusta hablar: los jóvenes se quejan porque los viejitos hablamos mucho".

"Él es un hablador", agrega la señora Mariela.

"Mija, hay que hablar; las tradiciones han pasado de generación en generación, por eso hay que seguir contando historias, porque si los jóvenes solo hablan entre ellos, se perderán las tradiciones y la historia. Sonia, cuando quiera vuelva y seguimos hablando". Concluye el doctor al levantarse para despedirse.

Luchando contra la muerte

Por: Lizbeth Cortés. 5to semestre

Fue en el gobierno de Uribe: entraba el ejército al pueblo, ponían retenes en las entradas y salidas, todo el que entraba o salía lo chuleaban. Se quedaban 3, 4, 5 días, sabían quién había entrado y quién había salido. El mismo día llegaban derecho los paracos a buscar las personas que tenían en la lista. Siempre era lo mismo: nosotros angustiados decíamos: "ahora por quién vendrán". Nosotros para esa gente somos como un balón, un juego, si nos tiran para donde los paras, ellos nos mandan para la guerrilla o el ejército y así sucesivamente; allá el ejército mataba campesinos que hacían pasar por guerrilleros.

A las 5 de la tarde llegó la guerrilla en un Yonson (canoas), allá se llegaba en canoa. Esa gente bajó en la mañana; dijeron que no se podían ir a ninguna parte porque de regreso harían una reunión. Cuando regresaron en la tarde mis tíos ya estaban en la casa; habían ido a trabajar, incluso mi tío José estaba pilando un poquito de arroz; decía que tenía algo raro: caminaba desesperado de un lado a otro, fue cuando se puso a pillar arroz. Estaba terminando cuando llegaron, eran cuatro hombres que descendieron de la canoa, dos se fueron a la casa de mi tío Pablo y lo trajeron a la casa de mi tío José. Llegaron y le dijeron "¡Venga, venga!" y los sacaron hacia una canchita, alegaban, pero no se escuchaba lo que decían: no dejaban que nadie se acercara. Los tiraron boca abajo en el piso, luego se es-

cuchó: ¡Así mueren los sapos! Les dispararon y se fueron río arriba donde los esperaban en la canoa. En una finca más arriba, a unos 15 minutos, vivía mi prima Chabela y escuchó que reían mientras decían palabras horribles. Ella tuvo un presentimiento y salió corriendo: cuando llegó encontró a su papá muerto. A mis tíos Pablo y José los mató la guerrilla, porque según ellos eran colaboradores y entregaban información al ejército. Cuando los asesinaron estaban los hijos y los nietos de mis tíos, incluso mi mamá y mi padrastro.

Después pensamos que eso se quedaría así, pero luego llegaron los paramilitares que empezaron a matar perros, gatos y todo lo que se les atravesaba; eso sucedía en el pueblo, y en las fincas de diferentes familias mataban hasta cachacos (Los nacidos en el interior de Colombia), muchos salieron con la ropa que tenían encima para salvarse, dejando todo por lo que habían trabajado. Pasaron 3 años y en 1998 mi mamá y mis tíos llegaron por temor a donde yo vivía. Era el primer mandato de Uribe y los paramilitares ocultos mataban, no se sabía quiénes eran, eran conocidos como la "mano negra" y tenían gente infiltrada.

Nosotros vivíamos a dos horas del pueblo: había dos caminos rial (caminos donde pasan principalmente caballos con cargas), uno por donde cruzaba todo el mundo y que salía al frente de nuestra casa, y uno que iba a otra vereda. En la mañana pasaban personas con unas tultitas: nosotros sabíamos que eran guerrilleros, aunque iban de civil; estaban haciéndole estudio al ejército. Recuerdo que un diciembre, Tania, mi hija mayor, estaba muy pequeña, cuando de ma-

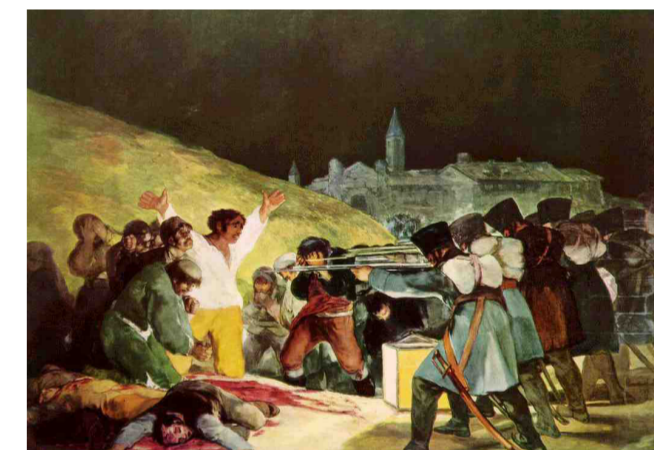


Imagen archivo general Museo del Prado. Pintura de Francisco de Joya llamado El Fusilamiento del 3 de mayo.

drugada los perros empezaron a ladrar: y usted sabe, la curiosidad mató al gato. Me paré con cuidado a mirar; los perros ladraban mucho y me empezó a dar miedo. Salí con ese susto, sin saber si era la guerrilla o los paras.

Era un desespero: no se sabía si bajaban o subían, pero lo cierto es que era una cantidad de gente, porque amaneció y todavía estaban pasando. Ya estaba claro cuando pasaron los últimos y, bum, se escucharon los primeros balazos; yo dije: "esta gente se levantó a plomo". ¿Se acuerda que dije que nosotros estábamos a dos horas del pueblo? Como hasta las 10 u 11 de la mañana se dieron plomo: la guerrilla se le había metido al ejército que estaba en el pueblo; después bajaban con heridos y muertos, ese combate fue entre la finca y el pueblo. Cuando pasó eso la guerrilla se fue y el ejército se llevó a mi exesposo: lo cogieron para que les dijeran dónde estaba la guerrilla. Se lo llevaron amarrado y el mismo día lo soltaron en la tardecita, lo habían golpeado. Después de eso nos salimos de la fin-

Conoce los medios que tiene para ti

UNIMINUTO
Corporación Universitaria Minuto de Dios
Educación de calidad al alcance de todos
Vigilada por Mineducación

UNIMINUTO RADIO AM TV .COM

DATEATE WEB

DATEATE al minuto

TINTA NEGRA PERIODISMO LITERARIO

ca, al pueblo íbamos solo los fines de semana.

Cuando pasó eso no lo pensamos más y nos fuimos de la finca. Dejamos todo, uno con miedo no saca nada, cogimos los niños y dijimos "vámonos", dejamos marranos, gallinas, todo. Como a los 15 días se calmaron las cosas y regresamos por parte de lo que había quedado, porque la gente aprovecha, eso habían hecho desastres. Mi familia no pudo sacar nada porque vivían más hacia adentro; no tuvieron cómo sacar las cositas pues les quedaba más difícil porque tenían que salir en canoa o balsas; ahí los paracos aprovechaban y recogían ganado y bestias, todo lo que podían lo sacaban porque fue mucha gente desplazada.

Mi familia se desplazó dos veces: cuando mataron a mis tíos se fueron por 3 meses, luego se subieron de nuevo a la finca porque todo como que se había calmado. Después a mi padrastró se lo llevaron en el 2000: recuerdo que fue en mayo: para ese tiempo él trabajaba en una finca a 15 minutos del pueblo. Mi mamá con lo de la guerrilla y los paramilitares había dejado el campo y vivía en el pueblito. Esa tarde de mayo llegaron los paras, pasaron por la finca y fueron por él: lo sacaron como a las 7 de la noche, lo rodaron por un barranco; como esa finca quedaba

en una media falda y había una bajada más fea, lo arrastraron amarrado por ahí, mucha gente lo vio: tenía arañada la espalda porque iba sin camisa y con una capucha en la cabeza; de ahí no supimos qué pasó con él, ni dónde quedó; lo buscamos, averiguamos, pero nadie nos dio razón, nunca apareció.

A mi tío Josué lo mataron en el 99 una noche que iba con mi primo pa' Candelaria, una finca a media hora más abajo del pueblo; mi primo tenía 14 años: iban por mi primo, pero mi tío se resistió y no lo dejó llevar; entonces los mataron ahí mismo: les rajaron la cabeza con un hacha, eso fue tenaz. En ese año mataron a casi toda mi familia: mi hermano fue el último en el 2001, yo llegué a ver gente amarrada una detrás de otra, como una cadena; uno veía que llevaban un primo, un tío de uno, un vecino, gente que uno sabía que eran humildes y trabajadoras. Al día siguiente se reunía la gente para buscar en el río a la familia, allá uno encontraba cabezas, brazos, piernas; otros no se encontraban.

Otro día, como para el 2004, llegaron unos aviones a las 10 de la mañana: tiraban bombas, temblaba la tierra, todo se movía. En el pueblo estaban apostados el ejército y los paracos, cada grupo en un cerro. Entonces la guerrilla se

metió como a las 3 de la mañana y como ellos usan mucho el cilindro, me acuerdo el primer petacazo, nunca olvido eso. A esa hora todo el mundo está durmiendo: cuando sonó todo el mundo se despertó, la gente se tiraba al piso, yo corrí a recoger a mis hijos; uno veía las balas cruzando por encima de la casa, yo me recogí en un ladito, eran dos habitaciones, en una estaba con mis hijos, cuando cayó una bala al ladito de donde yo estaba con los niños, me salí corriendo para la otra pieza; conté con suerte de tanto pedirle a mi Dios. Cuando amaneció la guerrilla se paseaba por el pueblo, se calmó un poquito y salí como a las 8. La guerrilla estaba desocupando todas las tiendas, no dejaron nada, a los tenderos les fue mal esa vez, les quitaron la comida, se llevaron absolutamente todo y lo que no se podían llevar lo botaban; eso era mula tras mula que llevaron cargadas de víveres. Cuando el ejército llegó estaban terminando de cargar las mulas. El ejército llegó en aviones, salieron algunos soldados heridos y la gente los auxilió ahí, luego los helicópteros llegaron por ellos.

La verdad sufrimos mucho, pero gracias a Dios mi mamá aún vive, ella está en el pueblo y mis hijos y yo vivimos aquí en Bogotá, fueron muchas cosas las que pasaron, pero aquí estamos luchando.



Fernando Gutiérrez. Director del documental y coinvestigador del proyecto.

tido de la misma como factor fundamental de cambio social, propuesta investigativa que expone las problemáticas en torno a la paz y la relación con el conflicto armado interno de forma directa.

"Se pensó en la necesidad de que los resultados de la investigación no fueran materiales para ser archivados, sino que se pudieran ver, y que se trabaje en sacudirnos el miedo a vivir en paz", afirma Gutiérrez.

Se realizaron nueve entrevistas audiovisuales a un grupo multidisciplinario de expertos que aportaron, desde sus experiencias, en la forma en que la guerra se ha situado en cada uno de los sectores de la sociedad: Nelly Mina, lidereza social; Sandra Osses, comunicadora social; Carlos Martínez, politólogo; Pablo Gutiérrez, psicólogo; Carlos Gómez, psiquiatra; Oscar Useche, economista; Santiago Castro, filósofo; César López, músico, y Eduardo Restrepo, antropólogo.

De las jornadas con expertos se produjo un documental, posterior a esto se ajustó a un mediotraje que resalta la expresión oral de los

expertos con el fin de mostrar el énfasis que cada uno le da a los diferentes temas. Las piezas documentales tienen planos de semiperfil y en ocasiones de perfil, con la intención de hacer partícipe al espectador en una conversación.

La musicalización, composición e interpretación estuvieron a cargo de Leonard Jaramillo, aunado a la grabación de un videoclip en el que fue realizada una pintura corporal del artista Giovanni Zitro en la modelo Laura Ramírez, a fin de mostrar cómo el miedo se siente en la piel de las mujeres que han luchado en la construcción de la paz. También hay imágenes de apoyo que muestran cómo los ciudadanos han dejado el conflicto de lado y lo han visto como ajeno.

Parte del proyecto de investigación indagó con colombianos de diferentes partes del país que, a grandes rasgos, perciben el miedo como esa inmovilización generada por el conflicto durante las últimas cinco décadas, lo cual permitió evidenciar que el temor es a lo desconocido, al silencio que somete y al anhelo que parece lejano de lograr la paz.

Los investigadores encontraron que el miedo es un sentimiento incontrolable que permite que el cuerpo esté preparado para el peligro o aquello que no conoce, que se mantiene latente ante el precio que cuesta implementar la paz bajo un gobierno autoritario, fenómeno perceptible en las relaciones cotidianas.

Por otro lado, la desconfianza en la que el colombiano ha crecido normaliza la cultura de la desigualdad, la coerción, la corrupción y el sometimiento. Este proyecto de investigación es el primer paso para debatir, en las diferentes comunidades académicas y pedagógicas, sobre la articulación de las reflexiones con las acciones diarias de cada individuo en el país, haciendo necesario que cada vez más personas comiencen a comprometerse con el posconflicto.

Reflexiones de Paz

Durante los últimos años Ángela García ha trabajado en el Espacio Territorial de Capacitación y Reincorporación (ETCR) Mariana Páez, en

Mesetas (Meta), donde viven 317 adultos y 30 niños. Afirma que los excombatientes también son víctimas del Estado y mediante las actividades en las que participa ha dejado a un lado el miedo y el rencor. Sostiene que su trabajo es importante para que cada ciudadano entienda cómo puede aportar a la construcción de paz.

García afirma que: "Nadie debería hacer normal lo malo, en algún momento llega lo lindo de la vida y crees que no lo mereces. No podemos seguir temiendo, esto nos hace retroceder y alejarnos de lo único por lo que debemos luchar y comprender en conjunto, la guerra nos perjudica a todos y acaba con el país de nuestros hijos".

Si bien los investigadores, Ángela García y los otros profesionales llegan a diferentes conclusiones, los relatos coinciden en que los ciudadanos se acostumbraron a vivir en guerra imidiendo que sepan vivir sin ella. El conflicto armado, junto al silencio de la indiferencia, brindó la certeza de temer, pero ésta es una oportunidad, una invitación a que nos sensibilicemos con el otro, a perder el miedo y asumir la libertad con el fin de afrontar los conflictos y buscar resolverlos sin violencia, justo ahí yace la transformación que necesita el país.

Si le interesa ver el documental Miedo a la paz, escanee el siguiente código QR.



¿Usted le tiene miedo a la paz?

Una investigación de UNIMINUTO indagó en 2018 con expertos los motivos por los cuales sectores de la sociedad le temen a la paz, mediante la producción de piezas audiovisuales con el fin de sacudir al país del miedo.

"La guerra nos perjudica a todos y acaba con el país de nuestros hijos"

Ángela García

RIZOMA

Por: Rizoma y David López

La familia García se radicó en La Dorada, Caldas, en 1990, un municipio cercano a Puerto Boyacá, considerado la capital antisubversiva del país. Rodrigo, de 34 años y padre de 4 hijas, recibió amenazas de paramilitares que le propinaron balazos a las paredes de su casa, por lo que se vio obligado a marcharse donde unos familiares en Cali. Esta fue la última vez que sus hijas lo vieron.

Años más tarde la historia se repitió: el padre de crianza de las niñas García fue amenazado. Era contratista en la Central Hidroeléctrica de Caldas y Pensilvania, pueblo con fuerte presen-

cia de las FARC, organización que derribó una de las torres eléctricas de las que José era comisionado para arreglarlas. Saliendo del sitio fue retenido por combatientes y obligado a transportar a miembros de la organización armada hasta un lugar seguro de los militares.

Tres días después un amigo de la familia que mantenía conversaciones con paramilitares les contó que existían sospechas acerca de una presunta vinculación del señor con las Farc y que era objetivo militar. Esta vez tuvieron que salir del municipio hacia Bogotá, en donde empezaron a formar parte de las más de 145.560 familias desplazadas víctimas del conflicto armado que se radicaron en la capital entre 1985 y 2019.

En la ciudad la familia se asentó. La tercera hija, Ángela, es estudiante de Comunicación Social - Periodismo de UNIMINUTO, una de las 8.8 millones de personas que han sido afectadas por delitos de guerra durante los últimos 54 años, según el Registro Único de Víctimas, que se prepara para trabajar por la paz.

Buscando en el miedo

El 24 de noviembre de 2016 se firmaron los acuerdos de paz cuyo propósito era acabar con el conflicto armado entre las Farc y el Estado colombiano. La Comisión Internacional de Verificación de los Derechos Humanos en Colombia manifiesta que solo se ha cumplido el 23% de los acuerdos y que pueden fallar debido a la negligencia del gobierno, el recrudescimiento de la actividad paramilitar en el país y el asesinato masivo de líderes sociales que trabajan por la paz y los derechos humanos.

La investigación El miedo a la paz, desarrollada en la Facultad de Ciencias de la Comunicación de UNIMINUTO, se realizó bajo la dirección de Fernando Gutiérrez y Camilo Ruíz, con la participación del profesor Fabio Medellín; así como de las realizadoras audiovisuales Edna Higuera, Clara Cárdenas y Nataly Castaño.

Este proyecto tuvo como objetivo establecer los principales miedos que surgen en Colombia a partir de la idea de paz para reconocer el sen-

DATEATE WEB

Portal Informativo de la Facultad de Ciencias de la Comunicación

▶ Lea en la alianza con UNIMINUTO RADIO <http://www.uniminatoradio.com.co/datetate>

- **Los cantos de la Memoria.** Por: Merliz Barrero y Sergio Antolínez. Egresados
- **¿Dónde estás Ernesto?** Por: Santiago Martínez Olarte
- **Andariego de la Paz.** Por: Natalia Ramírez Amado. 5to semestre



Lea desde su móvil con el código QR de DATEATE

En Redes Sociales estamos como



DATEATE Web

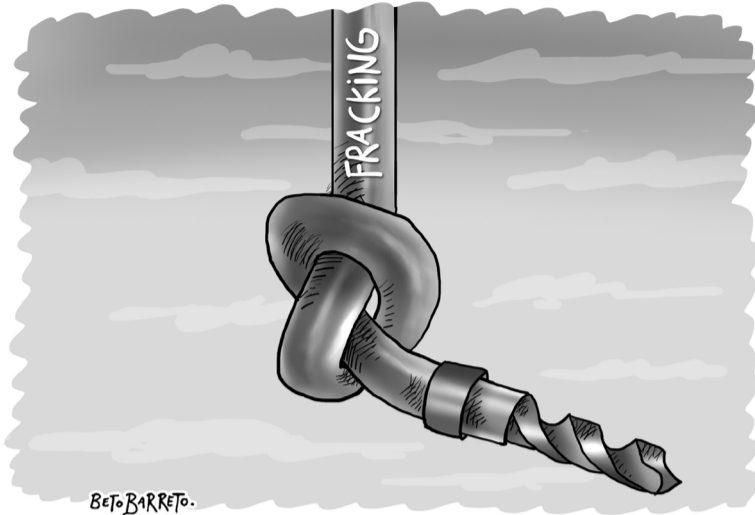


@dateateweb



dateateweb

Consejo de Estado mantiene suspendidas las pruebas



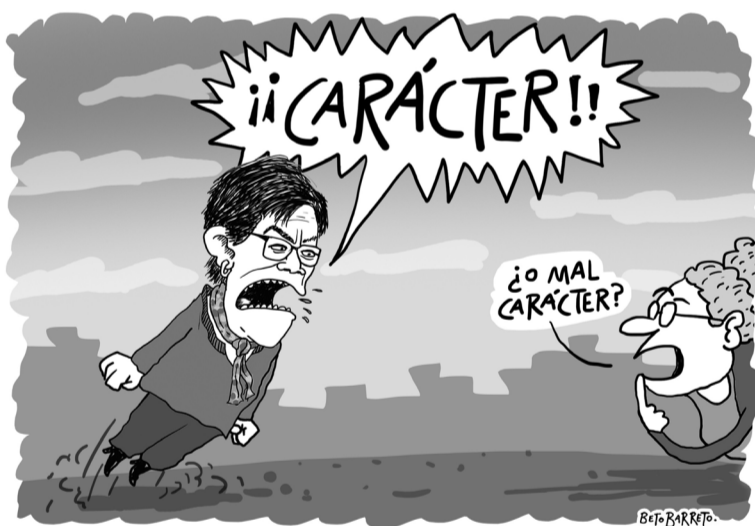
Frack

Polemizando por el Amazonas



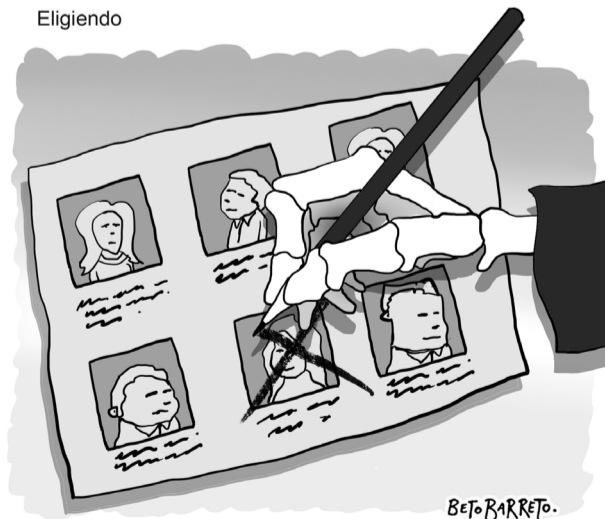
Agua

Descifrando



Definiendo

Elijiendo



Votando

